

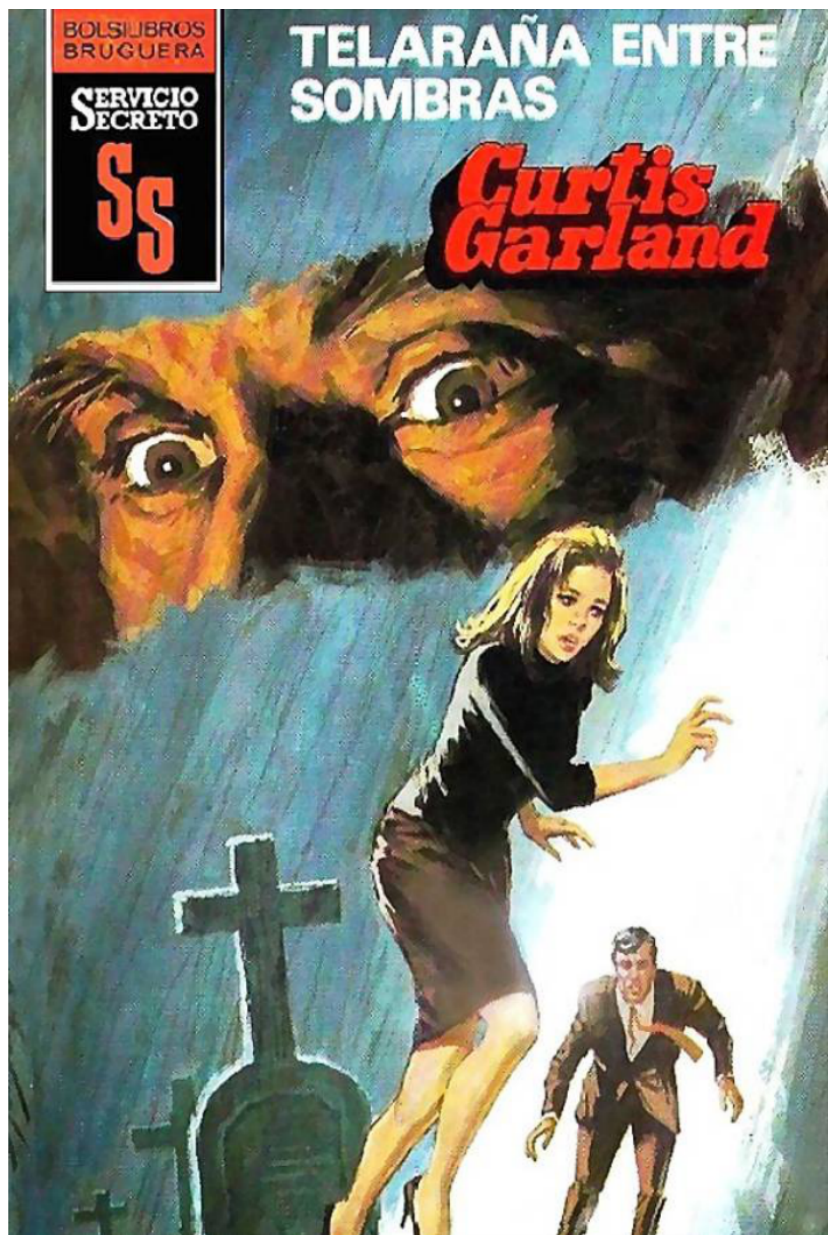
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

TELARAÑA ENTRE SOMBRAS

**Curtis
Garland**





SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

TELARAÑA ENTRE SOMBRAS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.649

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84 02 02513 7

Depósito legal: B. 263-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1982

1.ª edición en América: septiembre, 1982

© Curtis Garland -1982

Texto

© Bernal -1982

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrès, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Todo era muy confuso en mi mente cuando recobré el sentido.

Abrí los ojos. Por alguna razón, me habían dejado sumido en la oscuridad más impenetrable. Ni un rayo de luz se filtraba en la habitación del hospital donde me hallaba recluso.

En las tinieblas que me rodeaban, pude reflexionar unos minutos, comenzando a evocar en mi mente recuerdos e impresiones que me parecían ahora tremendamente lejanas y turbias.

Poco a poco, sin embargo, las cosas iban aclarándose para mí. Creo que aquella oscuridad sedante en que me encontraba era beneficiosa para mis nervios y para mis recuerdos, para reconstruir con cierta coherencia todo lo que había sucedido antes de hundirme en aquella inconsciencia cuya duración no lograba calcular ahora.

Todo había sido tan rápido como inesperado. Tan simple como vulgar.

Cierto que mi vida nunca había sido un prodigio de emociones ni de hechos insólitos. La vulgaridad más absoluta acostumbraba a ser la tónica de mis actos y de mis vivencias. Estaba seguro de que si había alguien en el mundo cuya existencia fuese la antítesis absoluta del héroe de las novelas y de las películas, ese alguien era yo.

Tal vez por ello, me había refugiado tantas veces en la lectura para huir a la rutina de mi vida. Esa lectura, lógicamente, era la que se relacionaba con lo que yo nunca había conocido: emociones, aventuras, peripecias, tensiones y misterios. El *thriller*, el relato de intriga o de espionaje, era mi género favorito. Una evasión también vulgar, sin duda alguna, en un mundo que me resultaba absolutamente vulgar y aburrido al margen de mi profesión.

Ser fotógrafo no resulta nada emocionante, a menos que se convierta uno en corresponsal de guerra o cosa parecida, caso que

no era el mío. Mi especialidad era la fotografía artística, de estudio. Fotografía para agencias publicitarias o para empresas comerciales relacionadas con el mundo del espectáculo.

Hermosas modelos pasaban ante el objetivo de mis cámaras, pero su belleza, desnuda o vestida, estilizada o procaz, desfilaba ante mí con la indiferencia que da el profesionalismo frío y aséptico. Me era imposible considerar a ninguna de aquellas esculturas femeninas como una simple mujer capaz de hacer palpar mi corazón más deprisa o de acelerar mis funciones hormonales. Muchas de ellas eran estúpidas, otras ambiciosas y calculadoras, las más totalmente ajenas a la persona que las fotografiaba, porque los focos, las cámaras y los que las activábamos, formábamos parte de su propia rutina y éramos todos como objetos para ellas.

Sólo podía recordar con cierta emoción distinta, con un algo cálido y humano, a una de mis modelos: Belinda North.

Belinda...

Ella era distinta. Más cálida, más cercana, menos estereotipada. No decía tonterías, no presumía de sus encantos ni de su talento, y tampoco parecía ambicionar el típico amante rico que la permitiera lucir en la vida real los mismos visones o joyas que lucían de prestado todas ellas en sus poses para la publicidad.

Pero no quería pensar ahora en Belinda ni en mi trabajo. Ni tan siquiera en mi socio y amigo, Kenneth Paxton. Quería pensar en mí mismo. En mi accidente.

Porque todo se había reducido a eso: un accidente.

Ser hospitalizado, víctima de un accidente, es tremendamente vulgar. Que ese accidente haya sido causado por un automóvil, más vulgar todavía, especialmente en nuestros días. En Londres, en cada jornada hay una interminable lista de accidentes de tráfico con heridos más o menos graves.

Mi existencia monótona y sin hechos de relieve, no podía ser una excepción en eso. El accidente fue vulgar y estúpido.

Aquella noche me había quedado hasta tarde en el estudio, revelando unos clisés urgentes. Lo cierto es que Kenneth, mi socio, era quien tendría que haber hecho el trabajo, pero a última hora pudo «ligar» con una rubia y se había ido a pasar el *week-end* fuera de la ciudad con ella. Lo único que supe de esa rubia es que medía

cuarenta y ocho pulgadas de perímetro torácico, lo cual es todo un récord. A mi socio le han encantado siempre los pechos grandes.

De modo que renuncié yo a mis propios planes apenas recibí su llamada y fui al estudio para hacer su trabajo, renunciando ir esa noche a un cine donde proyectaban un programa doble que me interesaba particularmente, por ser temas de misterio y de intriga.

Estuve en la sala de revelado hasta bastante avanzada la madrugada y luego puse a secar las copias positivadas, para una entrega urgente el mismo lunes a primera hora. Esto sucedía justamente el jueves por la noche. Mi amigo y socio se había anticipado el *week-end* en veinticuatro horas, a causa de la rubia de los explosivos senos.

Cuando salí del estudio era muy tarde, no circulaba apenas nadie por aquella zona del Soho, cercana a Oxford Street, y fui en busca de mi coche para volver a casa, recogéndolo del aparcamiento habitual.

Fue entonces cuando, al cruzar la calle, algún loco, imprudente o borracho, irrumpió en la calle por una esquina cercana, se me vino encima y no pude esquivarle, en parte, debo confesarlo, porque iba ligeramente distraído y algo sonámbulo a causa de la avanzada hora y de lo poco que había dormido la noche anterior.

Me arrolló sin remedio, y el muy bastardo, además, huyó. Hay muchos automovilistas hijos de perra que hacen eso en nuestros días para eludir responsabilidades, aunque le dejen a uno medio muerto.

Cuando golpeé el asfalto y sentí las ruedas casi encima mío, perdí el conocimiento y no supe más. Recordé que, de un modo borroso, había oído decir a alguien durante mi inconsciencia, que tuve mucha fortuna al caer, y que lo hice de forma que me desvió de los neumáticos, evitando así que éstos me aplastaran contra el asfalto. En cambio, había sufrido un tremendo golpe en la cabeza, contra el bordillo de la acera, y eso sí era algo grave al parecer.

Pero por fortuna, todo había quedado atrás ahora. Estaba recuperado, podía pensar, apenas si sentía un leve dolor de cabeza, y podía hilvanar perfectamente mis pensamientos. Todo ello era indicio de que estaba a salvo.

Me sentía muy complacido de que todo hubiera resultado tan bien, dadas las circunstancias. No podía quejarme de mi buena

fortuna, en medio de la desgracia. Sentía todo mi cuerpo perfectamente.

Oí abrirse una puerta en alguna parte. Y sonaron pisadas, no lejos de mí. Eso interrumpió el hilo de mis pensamientos. Me erguí en la cama, preguntándome por qué no abrían ya las ventanas o daban la luz, si era de noche. Alguien había entrado en mi habitación, estaba seguro de ello. Pero tampoco había luz alguna al hacerlo.

—¿Cómo va eso, señor Crabbe? —me preguntó una voz afable, que me resultó vagamente familiar, por haberla oído anteriormente durante mis breves momentos de alguna consciencia.

—Parece que bien, doctor, ¿verdad? —indagué.

—Claro —la voz de él sonó jovial—. Soy el doctor Blake, Spencer Blake. Me he cuidado de usted todo este tiempo. Veo que está ya fuera de todo peligro.

—¿Todo este tiempo? —me alarmé—. ¿Cuánto llevo aquí, doctor?

—Casi tres días —suspiró él—. Hoy es domingo, señor Crabbe. Un espléndido domingo soleado y tranquilo.

—¿Y entonces por qué diablos no me abren las ventanas y dejan que entre la luz? —me sorprendí—. Esta oscuridad es ya insoportable...

Hubo un silencio extraño. Me pareció que mi visitante se movía un poco. Al fin preguntó, con voz tensa:

—¿Oscuridad? ¿Ha dicho usted *oscuridad*, señor Crabbe?

—Claro, doctor. No creo que ver un poco de luz, ni siquiera aunque fuese artificial, vaya a causarme daño alguno.

Otra pausa inexplicable. Le oí caminar. Se detuvo cerca de mí. Se inclinó y me rozó su aliento la frente. Noté sus dedos recorriendo mis sienes, mi nuca.

—Señor Crabbe, ¿no ve usted *nada* de luz en este momento? —preguntó.

—No, claro que no. ¿Por qué habría de verla estando todo esto tan oscuro? —empecé a irritarme.

—Volví a oírle caminar. Hubo un chasquido repetido en alguna parte.

—¿Y ahora? ¿Tampoco ve luz alguna? —indagó.

—Por supuesto que no —negué, malhumorado—. ¿Qué ha

hecho, doctor?

—He encendido las luces de las mesillas, aunque no hacen falta con esta luz de la tarde, señor Crabbe —me informó.

Noté una rara convulsión. Un repentino temor indefinible heló mi sangre. Alargué un brazo, empezando a gruñir con disgusto:

—Si es una broma, doctor, le aseguro que no me hace gracia alguna. Yo...

Me interrumpí. Había puesto mi mano en la lámpara. Ardía. La retiré. Bruscamente, una idea espantosa se abrió paso en mi cerebro. Me erguí en la cama, bañado en un sudor frío.

—¡Doctor! —gemí—. ¿Hay... hay *mucha* luz ahora en esta alcoba?

—Sí, señor Crabbe —afirmó—. Mucha.

Había una nota de dolor y de tristeza en su voz. Acababa de darse exacta cuenta de lo que sucedía. Y yo también.

—¿Estoy... estoy... *ciego*? —susurré.

Otra pausa. Luego, su voz me llegó cargada de pesar, de aturdimiento, de infinita lástima:

—Sí. Me temo que sí... —dijo.

Entonces no lo pensé. Pero una hora más tarde, sí.

Pensé en suicidarme.

Fue otro amargo despertar.

Rodeado de las mismas tinieblas que la primera vez. Rodeado de gente que yo intuía, que podía captar, oír, sentir. Pero a quienes no podía ver.

Y otra voz, suave y amable, en tono de reproche, que me censuraba:

—¿Por qué, señor Crabbe? ¿Por qué intentó semejante locura?

No era ya la voz del doctor Blake, sino la de mi propio médico —más bien podía decir que el médico personal de mi socio, Kenneth Paxton—, el doctor Matthew Barrie, un galeno con prestigiosa consulta en Harley Street^[1].

—No sé... —musité—. No deseo vivir así...

—Mi querido amigo, el suicidio es lo último que un hombre debe elegir para resolver sus problemas, por la sencilla razón de que no resuelve ninguno. Morir es un camino fácil y cómodo, que acostumbran a tomar los más cobardes.

—Es posible. No pretendo ser valiente. Nunca he sido un héroe,

doctor Barrie.

—Ninguno somos héroes. Pero hay que sobreponerse. He examinado su caso cuando me avisó el doctor Blake de que usted había desaparecido del hospital y la policía le había salvado de morir ahogado al arrojarse desde el Puente de Westminster al río.

—No me avergüenzo de haberlo hecho —insistí amargado—. No quiero vivir ciego, ¿lo entiende?

—Claro que lo entiendo. He visto a otros hombres en su caso. Nadie desea vivir ciego, sordo o con ambas piernas amputadas, pongamos por caso. Pero hay que vivir, porque para eso conservamos la vida. Como le digo, he examinado su caso atentamente, señor Crabbe. Y personalmente, creo que su ceguera podría no ser definitiva, teniendo en cuenta ciertos factores...

—¿Qué factores? —gemí, desalentado, sin demasiadas esperanzas.

—El golpe sufrido, una posible conmoción o un daño en determinados centros nerviosos que provocasen esa ceguera. Si tiene suerte, es posible que se trate sólo de un daño psíquico, de una parálisis nerviosa parcial y no decisiva.

—¿Y si no tengo suerte?

—Entonces... —Respiró hondo y añadió, persuasivo—. Entonces debe aceptar su desgracia con entereza y luchar contra ella con todas sus fuerzas, señor Crabbe. La vida no se termina cuando nos falta un sentido corporal...

—No hay sentido corporal máspreciado que la vista, doctor, y usted lo sabe.

—Por supuesto. Sé cómo debe sentarse con su desgracia actual, pero confíe en que no sea definitiva, como le digo. Y luche por sobrevivir como si fuera así. Al final se dará cuenta de que, aun en el peor de los casos, vale la pena seguir viviendo, amigo mío.

Respiré hondo. No estaba de acuerdo con el doctor Barrie. Ni él debía esperarlo tampoco. Murmuré con cierto tono huraño:

—¿Por qué ha venido usted a verme al hospital, doctor Barrie?

—La explicación es sencilla. Cuando la policía le reintegró aquí tras su intento de suicidio, me avisaron al ver mi nombre y dirección en su agenda. Yo no soy psiquiatra ni oftalmólogo, pero creo que ahora necesitará de ambos para que le atiendan de forma más adecuada.

—Quisiera ver a mi socio y amigo, doctor... —gemí, sin hacerle mucho caso.

—¿Al señor Paxton? —El médico suspiró—. Le he llamado para informarle de lo que le ocurre. No encontré a nadie en su casa. No contestaron.

—Lo suponía. La rubia de los senos grandes.

—¿Qué decía? —se interesó el médico.

—No, nada —rechacé con un quejido—. Cosas mías, doctor. ¿Aún es domingo?

—Casi lunes —me informó—. Son las doce de la noche. Se tiró al río al atardecer, ¿ya no lo recuerda?

—No. He perdido la noción del tiempo. No puedo ver el reloj. Ni la luz del día o la iluminación nocturna, doctor.

—Lo comprendo. Perdone la pregunta. Voy a darle al doctor Blake una dirección. Es una clínica psiquiátrica con sección oftalmológica. Allí pueden atenderle debidamente, si él lo considera oportuno.

—Gracias, doctor —asentí—. Es muy amable. Supongo que tendré que ir de todos modos. Ya no me dejarán escapar de aquí otra vez.

—No, ya no —creo que mi médico sonrió en ese momento, aunque no pude verlo—. Vigilarán su habitación día y noche. Créame, es mejor así. Es usted demasiado joven para querer morir tan pronto...

Cuando me quedé solo en mis tinieblas actuales, dudé de que todo eso pudiera ser cierto. Para mí, la vida había perdido todo aliciente. ¿De qué me servía respirar, vegetar, existir, moverme en un mundo de sombras, donde no había luz ni color, belleza ni fealdad, día ni noche?

No sé por qué, en ese momento pensé de nuevo en Belinda.

Belinda...

Ella había sido últimamente mi gran esperanza. La esperanza de romper una vida de monotonías y mediocridades. Hermosa, inteligente, joven dulce, comprensiva, moderna pero sensible... Incluso hablaba conmigo muchas veces, filmando un cigarrillo entre fotografía y fotografía, o tomando un frugal almuerzo o un par de emparedados en el tiempo de descanso habitual. Poco a poco, me había habituado a ella, a su sonrisa, a sus ojos azules, a su pelo

rubio suave, a su figura esbelta y grácil, a su conversación sencilla y fluida, a su mezcla sorprendente de simpatía, ternura, seriedad y buen juicio, a una aleación casi ideal de frivolidad y sensatez que no era sencillo hallar en estos tiempos que vivimos.

Había pensado una pequeña locura. Pedirle relaciones formales a Belinda. Convertirme en su prometido, si ella quería. Y casamos.

Casamos... Belinda y yo ¡Qué locura!

Antes me parecía casi quimérico. Luego, pensaba que no era tan inalcanzable. Que ella era humana. Más humana que las otras modelos que parecían fabricadas en plástico frío e insensible.

Ahora, sencillamente, ella era una galaxia lejana en un cielo sin estrellas ni luz. Mi cielo negro y eterno de ceguera. Y yo un pobre humano, vulgar y absurdo, soñando un imposible.

Debía renunciar a muchas cosas. A todo, virtualmente. Entre ellas, a Belinda. Eso había terminado. Me pregunté si era esa idea subconsciente, alojada en mi cerebro desde el momento mismo en que el doctor Blake me confirmó la espantosa sospecha, la que me condujo en mi evasión a tientas hasta Westminster Bridge, no lejos del hospital en que me alojaron tras el maldito accidente del Soho, para poner fin a mi vida en las sucias y turbias agua del Támesis.

Estaba pensando en todo ello precisamente, cuando una voz femenina, la de una enfermera del centro médico, me anunció con indiferencia:

—Tiene una visita, señor Crabbe.

—¿Una visita? —repetí—. ¿Quién es? ¿Eres tú, Paxton, amigo mío?

Un breve silencio. Unas pisadas. Un taconeo que venía hacia mí. No sé por qué, sentí un estremecimiento.

—No —dijo la nueva voz—. No soy Paxton. Soy yo, Edgar, Belinda.

¡Belinda! Ella... Y aquí.

—¡Oh, no, no! —gemí, ocultando bruscamente mi rostro, mis ojos, de su mirada, cruzando mis brazos ante mí—. No debiste venir...

—¿Por qué no, Edgar? —me preguntó dulcemente—. Me lo han contado todo. No podía dejar de verte... ¿Es cierto que...?

No la dejé terminar. Afirmé con la cabeza, casi rabiosamente.

—Sí —mordí las palabras—. Es cierto, Belinda. Muy cierto, por

desgracia.

—Mi buen amigo Edgar... —Capté en su suave voz una profunda compasión que aún me causó más daño que ninguna otra cosa—. Dime qué puedo hacer por ti.

—Nada —rechacé—. Vete. Es lo mejor. No vale la pena ver una piltrafa humana...

—No digas eso. No eres ninguna piltrafa. Eres un hombre enfermo, dañado...

—¡Inválido, querrás decir! —protesté, airado, lleno de amargura—. Mira mis ojos. No puedo ver nada. ¡Nada! Ni, luz, ni formas, ni rostros... Sólo oscuridad, noche, negruras...

—Es posible que puedas curarte algún día. Me lo ha dicho el médico...

—Falsa esperanza, Belinda, más dolorosa aún que la cruda realidad. No, para estas cosas, rara vez hay curación. Ésas son formas de hablar, de animar al paciente y a sus amigos...

—Aunque así fuese, la vida no se termina aquí, Edgar. Eres joven, tienes un...

—¿Un qué? —La interrumpí. Y noté que ella no pretendía continuar tampoco, acaso dándose súbitamente cuenta de que iba a cometer un error involuntario, en su afán por confortarme—. ¿Un trabajo, un porvenir, un medio de vida? Nada de eso existe ya. Estoy ciego. Un ciego no puede hacer fotografías. Y ése ha sido mi trabajo de siempre, tú lo sabes. Me darán una pensión de invalidez, cobraré un seguro que poseo, y ahí terminará todo. Seré un inútil durante el resto de mi vida. Un inválido incapacitado para trabajar, para hacer algo válido en beneficio propio o de los demás.

—Estás bajo una fuerte impresión, Edgar. Será mejor que hablemos en otra ocasión —dijo ella suavemente.

—¿Para qué? Te diré lo mismo, Belinda. Porque todo será igual hoy que dentro de diez años... si tengo valor suficiente para soportar esos diez años en este estado.

—Eso no sería valor, sino cobardía, Edgar. Me han contado lo que intentaste. Eso era injusto. Era un tremendo error irreparable...

—Lo sé —suspiré, abatido—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Vivir. Inténtalo, Edgar. Vale la pena, debes creerme.

Vale la pena... Pensé que no podía replicar ahora. ¿Cómo decirle que ya nada valía la pena sin esperanza, sin pensar en ella como en

mi posible futura compañera de una vida muy diferente a la que ahora me ofrecía el futuro? ¿Cómo revelarle ahora que, justamente en estos días pretendía pedirle relaciones formales, ofrecerle matrimonio? Hubiera sido ridículo, doloroso, sangriento para ambos.

La había perdido. Total, definitivamente. Ni siquiera debía sospechar mis sentimientos hacia ella. Era una muchacha muy sensible. Podía cometer el tremendo error de sentir excesiva compasión por mí y convertirse en mi compañera, en mi lazarillo, para darme un poco de felicidad, aunque ella se destruyera su propia existencia.

Me limité a murmurar, mientras todos esos pensamientos desfilaban por mi mente:

—Vivir... Es posible, Belinda, no sé aún... Me siento tan confuso. Preferiría descansar ahora, si no te importa.

Pareció dolida. La oí suspirar, antes de admitir con voz apagada y triste:

—Sí, Edgar lo entiendo. Perdona si te he molestado...

—Al contrario. Gracias por tu visita. Gracias por todo.

—Hasta otro día, Edgar —se despidió de mí tibiamente, empezando a alejarse.

Tuve que dominarme para no gritar, para no llamarla, rogándole que no se moviera de mi lado, que no me abandonase. La dejé partir en silencio. La puerta se cerró tras ella. Y me quedé solo.

Sólo con mi oscuridad. Sólo con mi desesperación.

CAPÍTULO II

El lunes me trasladaron.

Había intentado establecer contacto con mi socio varias veces, pero en ninguna ocasión respondió a las llamadas desde el hospital. Kenneth Paxton no estaba ni en su casa ni en el estudio. Era extraño en él, porque cuando había trabajo importante no solía faltar tanto tiempo. Pensé si la rubia de los grandes senos le habría sorbido el seso hasta ese punto.

Nuestro médico personal, el doctor Barrie, se ocupó del traslado, en compañía de un enfermero del hospital. En una ambulancia, fui conducido hasta un centro de psiquiatría y readaptación de invidentes, donde había un importante departamento oftalmológico. Pasé varias revisiones y exámenes, siempre en compañía del doctor Barrie, que me era de gran ayuda con su apoyo moral y humano.

Finalmente, me informaron de que no había grandes esperanzas de recuperar la visión, a causa del daño sufrido en el nervio óptico por el impacto de mi caída en el atropello, y se me ofreció la única alternativa válida: permanecer un tiempo en aquel centro y adaptarme a mi nueva condición. Aprender a andar y moverme como un ciego, saber guiarme, orientarme, evitar muebles y obstáculos, aprender a leer mediante el sistema Braille, y sobre todo, hacerme poco a poco a la idea de que ésta, precisamente, iba a ser mi nueva vida en el futuro y debía aceptarla como era.

Mi desesperación inicial había cedido un poco. Acepté lo irremediable con cierta resignación. Eso pareció alegrar al doctor Barrie.

—Bien, Crabbe —me felicitó, apoyando su mano en mi hombro con fuerza—. Eso es muy positivo. Ha hecho lo más adecuado. Aquí le enseñarán una gran lección. La de que todo el mundo, absolutamente todo, es útil a los demás. Y de que cuando falta un sentido corporal, se suple con todos los demás, agudizados al

máximo. Le visitaré con frecuencia. Y seguiré su evolución muy de cerca, amigo mío.

Eso me confortó un poco. El doctor Barrie se marchó, tras prometerme buscar y localizar a Kenneth donde fuese, para informarle de lo que me sucedía, y me quedé solo en aquel nuevo centro médico, dispuesto a comenzar la larga y minuciosa adaptación a mi nueva vida.

La primera llamada telefónica que tuve en mi nuevo alojamiento fue la de Belinda, interesándose por mí. Me dio un vuelco el corazón. Le dije que estaba mejor y que iba a intentar amoldarme lo mejor posible a mi actual existencia. La noté más tranquila y aliviada por mi decisión. Le pedí que viniera a verme alguna vez, y me prometió hacerlo en breve. Recordé entonces algo.

—Belinda, ¿no has visto a Kenneth en ningún momento?

—No —negó ella—. El señor Paxton no ha acudido hoy al trabajo. El estudio está cerrado. Tampoco está en su casa, porque no responde nadie.

Colgué, realmente preocupado por mi socio y amigo.

La segunda llamada fue de otra modelo, una tal Sheila Moore. La recordaba muy bien: morena, sensual, ardiente y provocativa. Muy diferente a Belinda, por supuesto. Sheila y Kenneth habían tenido alguna relación íntima, yo lo sabía. La noté muy preocupada.

Tras interesarse por mi estado, de un modo que se me antojó rutinario, simplemente de cumplido, pasó al motivo básico de su llamada:

—Edgar, estoy muy asustada.

—¿Asustada? —me extrañé—. ¿Por qué?

—Se trata de Ken... quiero decir, de tu socio, el señor Paxton —trató de mostrarse más comedida—. No logro encontrarle en ninguna parte...

—Lo sé. Parece que prolongó su fin de semana —reí irónico, y me sorprendí de mi propia risa. Era la primera vez que reía desde lo ocurrido.

—Pero Edgar, eso es *imposible*.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Él sabía que hoy teníamos que hacer una serie importante de fotografías en exteriores, para una campaña publicitaria. Iba a sacar a su perro «Duke» de la guardería donde lo ingresó a causa de

aquella dolencia para utilizarlo en esas fotos, ya que participaba un animal de sus características y «Duke» parece que se encuentra ya muy mejorado. Ken... el señor Paxton no olvidaría una cosa así.

—Pues parece ser que la ha olvidado —dije—. No hay motivo de alarma, Sheila. Adelantó su *week-end* en un día, y es posible que lo alargue en otro día o en dos. Habrá olvidado ese asunto de las fotos.

—No es posible. Dejé un telegrama redactado justamente el viernes, antes de abandonar la ciudad. Lo recibí el sábado a primera hora. Decía que no olvidase por nada del mundo nuestra cita en Folkestone para esas fotos, que significaban posiblemente, un contrato en exclusiva con la *British International* de Publicidad.

—¡La British! —Silbé entre dientes—. Eso podía suponer mucho dinero... Kenneth me habló de algo que tenía entre manos y que podía dar un gran impulso a nuestro negocio, pero no quiso dar detalles hasta tenerlo todo seguro.

—Evidentemente, se refería a eso. No se perdería una ocasión así por simple capricho, Edgar.

—Empiezo a pensar que, desde luego, es así —admití, frunciendo el ceño, realmente preocupado—. Si pudiera hacer algo para dar con él, para encontrarlo... Pero en mi estado actual eso es imposible, Sheila. Estoy internado en un centro médico especializado, del que no podré salir hasta que me den el alta, y eso sucederá dentro, como mínimo, de dos o tres meses de adaptación. ¿Por qué no recurras a la policía? —No tengo base para denunciar una desaparición, Edgar. No me harían caso. Por eso te llamé a ti. No pensé en otra persona más capaz que tú de ayudarme...

—Eso era antes —dije con amargura—. Sheila, ¿dónde estás ahora?

—En un restaurante del Strand. Él acostumbra a venir por aquí, pero no le han visto desde la semana pasada...

—Sé dónde es —asentí, pensativo—. Una vez ya escapé de un hospital para intentar poner fin a mi vida, Sheila. Creo que vale la pena intentarlo de nuevo, para dar con mi amigo. ¿Podrás estar ante el lugar que yo te diga, con un vehículo preparado, dentro de un par de horas?

—Claro —asintió ella, esperanzada—. ¿Crees que podrás abandonar ese sitio?

—No lo sé —murmuré—. Pero voy a intentarlo, Sheila. Esto

empieza a gustarme tan poco como a ti...

Colgué, realmente preocupado por Kenneth. Yo sabía que él tenía una pequeña finca en Reading, adónde iba a veces con sus romances. Mi esperanza era encontrarle allí. Pero no podía moverme sólo por una ciudad como Londres ni tan siquiera por Reading, si es que lograba escaparme de este centro médico. Esperaba que Sheila pudiera servirme de lazarillo en la aventura.

Decidido, envolví mi mano en una toalla, me dirigía a la puerta de mi flamante habitación, y golpeé la madera, hasta hundir el paño hecho astillas, mientras gritaba desesperada mente y derribaba muebles a mi alrededor.

Una conmoción profunda se formó en el ala del establecimiento donde me hallaba. Oí carreras y voces de alarma. Dejé la toalla, fingiendo golpear aún con la mano desnuda. Cuando me sujetaron entre varios, yo gritaba y sollozaba, pidiendo ver, recuperar mi visión, volver a ser el de antes.

Todo eso era una farsa montada sobre auténticos deseos. Dio resultado. Me llevaron al botiquín, donde uno de los médicos de turno me calmó, rogándome que no me exaltara más, y que mi crisis nerviosa era lógica en los primeros momentos y no debía alarmarme ni sentirme avergonzado por ello.

Me administró un sedante, una tableta que procuré retener bajo la lengua, fingiendo tragarla, para verterla en mi mano con el mayor disimulo cuando oí que sus pasos se alejaban ligeramente de mí. Pude engañarle, sin duda, porque no repitieron la dosis. Dijo que por esta noche me alojarían en el pabellón clínico de emergencias, mientras reparaban la puerta rota, y que al día siguiente sería destinado a una habitación con otro invidente, para que su compañía pudiera servirme de ayuda en este trance.

Había conseguido mis propósitos, porque durante el examen previo, en mi ingreso, había oído comentar al doctore Barrie con los facultativos del centro, que aquel pabellón no tenía medidas especiales de seguridad ni rejas, y uno de los médicos manifestó que habitualmente allí sólo se alojaban los pacientes demasiado enfermos para intentar evadirse, o quienes precisaban de sedantes para un profundo descanso.

Pedí ir al lavabo. Me llevaron y vertí la disuelta tableta de sedante en la taza del retrete, sin que nadie pareciera advertirlo.

Regresé al pabellón clínico y ocupé una cama de una sala común donde calculé, por sus dimensiones, que habría unas diez o doce camas, algunas de ellas ocupadas, ya que percibí los crujidos de cuerpos que se movían en ellas. Iba empezando a aguzar mis otros sentidos, como dijera el doctor Barrie.

Apenas se hizo de nuevo el silencio en el centro, y yo había fingido dormirme de modo profundo bajo los efectos del fármaco, entré en acción, pidiendo al cielo que mis ojos sin luz no fuesen ahora mi peor enemigo en el intento de evasión nocturna.

Había notado antes la vaharada de aire fresco de la noche, no lejos de la hilera de camas, lo que me hizo pensar que allí existía una ventana abierta para ventilar el recinto. El olor a plantas y hierba fresca completó esa sensación casi física de que un jardín se extendía al otro lado de esa ventana. Mi instinto de ciego comenzaba a funcionar, por las muestras.

Recordaba vagamente que en mi ingreso en ese centro, había cruzado un jardín con parecidos aromas, que podía muy bien ser el mismo. Hasta salir del recinto hospitalario y reunirme con Sheila Moore, tendría que salvar una zona desconocida por completo para mí, con la sola ayuda de mi instinto, mi tacto y mi olfato. Era toda una prueba.

Caminé junto a las otras camas. Alguna emitió un leve crujido a mi paso, prueba evidente de que los invidentes allí acostados percibían señales de mi tránsito, pero ninguno dio la voz de alarma. Tanteando, encontré el marco de la ventana abierta. Llené mis pulmones con olor a brisa húmeda y a olores de plantas y de césped. Un temor se dispersó definitivamente: no había barrotes. Sabía que el pabellón de urgencias y de ingresos para examen clínico era una planta baja. No había riesgo en saltar. Y salté. Golpeé con mis piernas flexionadas el jugoso y blando césped. Casi no hice ruido. Me mantuve quieto, respirando hondo, absorbiendo un aire refrescante y grato, sin olor a antisépticos ni a hospital. Me sentí casi libre. Pero ese *casi* era mucho para un hombre ciego como yo.

Avancé a tientas, tropecé dos veces y caí, entrelazados unos arbustos en mis piernas.

Maldije mi suerte entre dientes, exasperado. Mis primeros intentos fuera del recinto médico, no eran ciertamente

esperanzadores, pero tampoco podía esperar milagros.

Me incorporé y seguí tanteando, al azar, hasta dar tras varios intentos con un muro sólido, que palpé, comprobando era de ladrillo. Podía dar a la calle o podía asomar a un lugar menos seguro, como otro patio, una zanja o cualquier otra cosa peligrosa para integridad. Era lo malo de moverse en la oscuridad. Todo resultaba posible, incluso lo peor.

Pero estaba decidido a salir esa noche del establecimiento de readaptación. Y me jugué el todo por el todo. Escalé el muro dificultosamente. Me corté al final. Había vidrios sobre su borde superior. Noté que sangraba mi dedo y juré entre dientes, envolviendo mis manos en mi sobretodo, que había tomado del armarito vecino a mi cama, en el dormitorio común del hospital.

Con esa protección, evité nuevos cortes, pisé con cuidado, de modo que los vidrios agudos no perforasen la piel de mi calzado, y luego salté al otro lado, rogando al cielo que todo fuera bien.

No resultó mal del todo. Caí sobre el duro asfalto, perdí el equilibrio y rodé de lado, hasta golpearme en algo que no identifiqué de momento. Al incorporarme, ayudado en aquel muro de madera y cristal, mi tacto me reveló que debía de ser una cabina telefónica.

—¡Sheila! —llamé—. ¡Eh, Sheila!

Nadie me respondió. Teniendo en cuenta las dimensiones del hospital, era probable que hubiera salido por el lado totalmente opuesto a aquel que eligiera la modelo para esperarme. Deambular sólo por la calle, en plena noche, podía ser demasiado arriesgado. Y en el mejor de los casos, si un *bobby*^[2] me encontraba, sería reintegrado de inmediato al interior del establecimiento médico, estropeándose definitivamente mi plan.

Decidí esperar un poco, meditar algo que tuviera una mínima posibilidad de éxito. Fue un acierto sin yo saberlo. Llevaba apenas dos minutos apoyado en la cabina telefónica, cuando oí rodar un vehículo, siguió un sonido de frenos suaves, y una voz conocida me interpelló:

—¡Edgar! ¡Eh, Edgar, soy yo, Sheila! Menos mal que daba vueltas en torno al centro médico...

—Sheila, eres una chica muy astuta —aprobé, con profundo alivio, echando a andar hacia donde oyera el frenazo con mis

brazos extendidos precavidamente.

—Espera —me rogó ella—. Voy a ayudarte a subir al coche no vengas tú solo...

Esperé. Unas manos suaves me tomaron por un brazo, guiándome al interior del vehículo. Me acomodé junto al volante. Ella se sentó a mi lado. Noté el calor de su muslo rozando el mío. Recordé que tenía unas piernas espléndidas. Pero no sentí ninguna emoción especial en estos momentos. Mi mente estaba sumida en temas mucho menos frívolos que el sexo.

—¿Y ahora, adonde? —quiso saber ella, cenando la portezuela.

—A Reading, por favor —la indiqué.

—¿Reading? ¿Es la madriguera habitual de tu socio cuando tiene algún romance especial?

—Algo así —acepté de mala gana. Ella arrancó. Nos alejamos de los alrededores del hospital, a buena marcha—. ¿Es tu coche?

—Sí.

—¿Es rápido?

—Un Monis —dijo—. Es bueno y rápido, sí. ¿Tienes prisa?

—Deberíamos tenerla —admití—. Puede que le ocurra algo a Kenneth, no sé.

—No fue solo, supongo...

—No, claro —traté de evadir más detalles.

No me fue posible. Ella insistió, tras rodar unos momentos en silencio:

—¿Quién era ella?

—Nunca la había visto. Rubia. Con unos pechos enormes...

—Debí imaginarlo —suspiró, y noté que aceleraba, no sé si por rabia o por despecho—. Es casada. Su marido está fuera de Inglaterra. Se llama Candy Milder.

—Ya. ¿Pudo sorprenderles el marido?

—No lo creo. Si no conocía el nidito de amor...

—No creo que lo conozca —objeté—. Sólo yo sé esas señas, por si había algún imprevisto, Pero nunca tuve que buscarle allí.

—Puede que interrumpamos un hermoso idilio —observó, sarcástica.

—Puede —me encogí de hombros—. Sabrá disculparnos. Nos preocupamos por él, ¿no?

—Sí, claro —volvió a guardar silencio unos momentos—. Edgar,

¿por qué llevas ese sobretodo?

—¿Qué pasa con él? —me sorprendí—. ¿Tan feo es?

—No es eso. Es el de Kenneth Paxton.

—¿Qué? —Hice un gesto de rechazo—. Ni lo sueñes. Es mío. El de él es de color avellana.

—El tuyo es avellana —dijo ella—. Y lleva un emblema del Club de Solteros de Mayfair. Creí que tú no pertenecías a esa asociación.

—Y no pertenezco —me sorprendí—. Es Kenneth que es socio.

—Ya lo sabía. Ése es su sobretodo, no el tuyo, Edgar.

—Pero si el mío es color mostaza... —protesté.

—Claro. Debiste confundirte de prenda. Este *no* es color mostaza. Lo conozco bien. Es el de tu amigo.

—Espera —corté, perplejo—. Recuerdo que salí tarde del estudio la madrugada del viernes, cuando me atropellaron... Estaba cansado y con sueño. Cogí mi sobretodo de la percha, sin mirar apenas. Pude equivocarme... Pero el error fue de Kenneth. Él debió llevarse previamente el mío sin darse cuenta. No había más que éste en el perchero y lo tomé de forma mecánica...

—Lo que te dije —habló ella—. Es de Kenneth. Pero te sienta bien. Os parecéis bastante los dos. Igual de altos, pelo de color parecido...

No dije nada. Ella siguió conduciendo hacia Reading. Cuando aumentó su velocidad, supe que había dejado atrás el centro urbano londinense y que rodábamos por la carretera de Bristo, en dirección a la cercana población de Reading.

Sheila hizo escasos comentarios durante el recorrido, hasta decirme con cierta tensión en la voz, reduciendo la marcha:

—Ya estamos en Reading, Edgar. ¿Y ahora qué?

—Dobla hacia la carretera secundaria a Wokingham. Y reduce la marcha en la milla tres, por favor —indiqué, sin dar más detalles.

—Está bien —suspiró—. Es como encontrar la madriguera de un espía, ¿no?

—Algo parecido —sonreí—. Sólo que esta vez, nosotros somos los espías... Vamos a sorprender la intimidad de un hombre, tal vez sin el menor motivo para ello, Sheila.

—Prefiero eso a sentir esta incertidumbre. Algo me dice que Ken... el señor Paxton... puede correr algún peligro.

—No disimules conmigo —la calmé—. Puedes llamarle

simplemente Ken.

—Gracias, Edgar —musitó—. Eres un hombre muy comprensivo. Me gustarías mucho, si no fuese porque estoy colada por Ken...

—Siempre ha ocurrido igual —dije con resignación—. Kenneth se llevó en toda ocasión a las chicas bonitas con toda facilidad, mientras nadie se fijaba en mí. Supongo que es cuestión de *sexy*...

—No eres nada feo —rió ella suavemente—. Incluso diría que resultas atractivo, Edgar. No debes tener complejos.

Reforzó esas amables palabras, dichas con su ronco tono lleno de sensualidad, acariciando mi rodilla e incluso yendo demasiado arriba con sus suaves dedos en esa caricia. Me estremecí, qué diablos. Podía estar ciego, pero no imbécil ni impotente. Además al inclinarse para su caricia, me había apretujado sus duros pechos contra mi brazo y el contacto era excitante.

Recordé a tiempo que era ciego y no aproveché su sugerencia. Para una chica como ella, acostarse con un invidente no debía resultar precisamente tentador.

—Estoy lleno de complejos ahora —repliqué, algo seco—. Y no por las chicas precisamente...

—Lo siento —manifestó, como si se avergonzara de su error. Retiró la mano de mi muslo y la dureza de sus senos de mi brazo. Algo se enfrió entre ella y yo—. Estamos llegando a la milla tres, Edgar...

—Observa tu izquierda —avisé—. Cuando veas un cruce junto a unos altos setos, reduce la marcha. Hay un cartelón que indica «Camino privado. No pasar». Al lado se ve una alambrada alta y un árbol, no sé si un álamo, no entiendo mucho de árboles... Es ahí. Métete por ese camino. Es vecinal, y lleva directamente a Berk Mews. Es el refugio amoroso de Kenneth.

—Entendido. Creo que lo veo ya allá, justo antes de la curva...

—Sí, ahí es exactamente —aprobé—. Lamento no poderte guiar mejor.

—Lo estás haciendo muy bien —me alentó—. Ahora, yo soy tus ojos, simplemente. El resto lo pones tú, Edgar. Sin ti, no podría hacer nada.

—Ni yo sin ti —repliqué brevemente.

Noté el viraje, y el olor a vegetación y a césped se hizo más intenso a medida que rodábamos por el angosto camino vecinal que

conducía a la propiedad campestre de Paxton.

En ese momento, sin saber la razón, sentí algo muy parecido a lo que comentara Sheila momentos antes. Estuve seguro, de repente, de que el peligro flotaba de alguna manera en aquel lugar, habitualmente tranquilo e idílico...

CAPÍTULO III

—Ya hemos llegado.

Esas palabras serenas pero tensas de la modelo me avisaron de que habíamos llegado justamente a la finca y ella aparcaba delante del porche que yo conocía por haber ido un día hasta allí con Kenneth.

—¿Alguna señal de vida? —pregunté.

—No —negó—. Ni luces ni ruidos. Claro que a estas horas, y en compañía de una mujer, es difícil que un hombre deje luces encendidas o deambule por ahí...

Sonreí. Sheila era una chica que entendía mucho de esas cosas, de modo que cuando ella lo decía...

—Vamos al porche —dije—. Si no hay puerta o ventana abierta, rodearemos el edificio. Hay una puerta trasera que da a la cocina y dependencias de servicio, lo recuerdo bien. Es fácil de abrir.

—Eso es allanamiento de morada, Edgar.

—Claro. ¿Qué otro nombre se le puede dar? Pero eso importa poco. Kenneth no lo tendrá en cuenta.

—Eso depende de la forma en que le sorprendamos con su opulenta rubia —apuntó sarcásticamente Sheila Moore. Y tuve que admitir que tenía toda la razón del mundo.

—Correremos el riesgo —dije—. Dios quiera que no estén en plena actividad sexual...

No quise hacer un chiste, pero lo cierto es que de haber sido ese mi propósito, hubiera resultado un rotundo fracaso. A ella no le hizo gracia alguna.

Tuvimos que rodear la casa. Sheila me guiaba. Por fin palpé la puerta de la cocina. Era frágil, demasiado para una casa aislada en el campo, pero en aquella zona nunca había ocurrido nada. Habitualmente, el fiel «Duke» guardaba aquello con su tremenda fiereza y sus ladridos. Pero ahora ningún perro guardaba la finca, a

causa de la enfermedad de su leal mastín.

Me bastó una maniobra sencilla, a tientas, para franquear el paso. Sheila me apretó el brazo, admirada.

—Debiste elegir otro oficio, Edgar —me dijo—. Ladrón, por ejemplo...

—Es toda una posibilidad, ahora que no puedo hacer fotografías —comenté irónico.

Entramos en la casa. Sheila me guiaba. Yo me limitaba a moverme en mi mundo de sombras, con la provocativa modelo como lazarillo.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró ella en el corredor—. ¿Adónde vamos?

—Deja que recuerde la distribución de la casa —musité—. El pasillo sigue hasta un corredor de la planta baja, junto a la escalera. Abajo sólo hay una biblioteca, un comedor y un salón *living*... Arriba están los dormitorios y los aseos... Sí, arriba. Será mejor ir arriba, Sheila.

—Y pillar a tu socio en la cama con esa rubia —comentó ella, nada ilusionada—. Un espectáculo que tú, al menos, te ahorrarás de presenciar.

—Podíamos haber llamado previamente a la puerta, pero algo me dice que es mejor esto —apunté—. Limítate a mirar, procurando no ser descubierta. Si ves que todo está normal, si Kenneth está en la cama con esa rubia con aire de felicidad, no vayas a armar un escándalo. Nos vamos por dónde vinimos, y listo. ¿Tienes una linterna?

—Claro. Y muy pequeña. Bastará para ver algo. Y posiblemente no lleguen a vernos a nosotros, sobre todo si están dormidos...

—A estas horas de la madrugada, lo normal es estar dormido, cuando se tiene una rubia así al lado, ¿no? —Reí entre dientes—. Les habrá sobrado tiempo de estar en vela...

—Muy gracioso —se irritó mi compañera—. No hagas más comentarios de ese tipo, será mejor. Bastante humillante puede ser de por sí esta incursión nocturna...

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿Su seguridad personal o su idilio con la dama del busto gigante?

—Tienes razón, Edgar. Supongo que la primera razón es la que nos trajo aquí... Vamos arriba. Con cautela. No des un paso sin que

yo te guíe, por favor.

Desgraciadamente, no podía desobedecerla. Subimos a la planta alta. Ella recorrió cautelosamente la zona, sin soltar mi brazo. Con la otra mano debía de llevar su pequeña linterna.

Por fin la noté deteniéndose ante alguna parte. Susurró a mi oído:

—Las demás puertas estaban abiertas. Había dos dormitorios, pero estaban vacíos. Ésta es la única puerta cerrada. No queda ninguna más.

—¿Es exterior? ¿Da a la fachada principal? —indagué.

—Sí, creo que sí, dada su situación.

—Entonces, es su dormitorio. Lo usa habitualmente. Prueba a abrir con cuidado...

—Es lo que voy a hacer —asintió.

Noté que estaba en tensión. Respiraba entrecortadamente. Traté de calmarla rodeando su cintura con mi brazo. No calculaba bien todavía. Lo que rodeé fueron unas caderas redondeadas. Mis dedos acariciaron unas nalgas prominentes, duras como piedra.

—Lo siento —murmuré en voz baja. Sólo quería cogerte por la cintura...

—No te preocupes —me respondió, apretando mi mano con calor—. Puedes seguir teniendo tus manos ahí. Es un contacto agradable, Edgar...

No dije nada. Pero la obedecí. No solté aquellas formas macizas. Ella debió mover el pomo de la puerta, porque hubo un leve crujido. Se detuvo y vaciló. Tras un silencio prolongado, insistió de nuevo. Capté un leve chasquido.

—Ya está —dijo—. He abierto...

—Adelante —susurré—. Enfoca con cuidado. Creo recordar que la cama está a la izquierda...

Ella se movió ligeramente, tirando de mí. Oí el leve «clic» de su linterna. Mi oído se agudizaba por momentos. Debió escudriñar la habitación cautelosa, lentamente.

De pronto, me sorprendió con un grito ronco. Sus dedos ahora no presionaron mi brazo, sino que se clavaron en mi carne, a través del tejido, haciéndome daño.

—¿Qué ocurre? —me alarmé.

—Dios mío... —la oí susurrar—. Es él, Edgar. Es Ken...

—¿Sí? ¿Qué hace? ¿Duerme? Porque si no es así, con tu grito has debido despertar a los dos, a menos que estuvieran en plena acción...

—Edgar, es que Ken... ¡Ken está bañado en sangre!

—Dios, no —gemí.

—Creo que está muerto... Y, desde luego, está solo —me informó Sheila con un hilo de voz, tembloroso y aterrado.

Muerto.

No, no se había equivocado. Sheila Moore acertó en su diagnóstico a distancia. Kenneth Paxton estaba muerto y bien muerto.

Me bastó tocar su carótida, palpar su pecho en el lado izquierdo, buscar su boca con mi mano, en busca del aliento que ya no existía.

Además, estaba helado. Debía de llevar muerto bastantes horas, porque la habitación tenía una temperatura normal, sobre los dieciocho o veinte grados centígrados.

—Dios mío... —retrocedí, tambaleante, y Sheila ni siquiera me sujetó. Debía de estar demasiado aterrada para eso.

—Muerto... Kenneth muerto... ¿Pero cómo, por qué?...

—No es una muerte natural, Edgar —sollozó ella—. Esa sangre... Tiene un boquete enorme en su pecho... Como si le hubieran disparado a quemarropa un arma muy potente... Incluso el embozo aparece desgarrado, ennegrecido por la pólvora, empapada en su sangre... ¡Es horrible, Dios santo...!

Horrible, sí. Era realmente horrible. Y yo en aquella oscuridad, sin poder ver nada, sin tener otra idea de la terrible escena, salvo las palabras patéticas y estremecidas de mi compañera...

—Asesinato... —susurré—. ¿Crees que pudo ser *asesinato*?

—Yo diría que sí...

—Pero Ken... ¿por qué? ¿Por qué? —mascullé—. ¿Y la rubia? ¿Dónde está?

—Tal vez fue ella quien le mató...

—Tal vez. O su marido... Deja que palpe la parte ensangrentada...

Guió mi mano. Toqué. Era un contacto duro, rígido, acartonado. La sangre estaba seca. Se había derramado hacía horas. Me eché atrás, realmente asustado. Si al menos me hubiera sido posible ver algo...

—¿Qué podemos hacer, Edgar? —gimió ella.

—Sólo se me ocurre una cosa —dije roncamente—: llamar a la policía...

Se llamaba Miles Galworth y era superintendente de Scotland Yard.

No podía verle, naturalmente, pero le imaginé grande, pesado y fuerte, a juzgar por su voz, la altura de donde me venía su sonido, y la mano grande y recia que apretó la mía mientras formulaba un saludo rutinario.

—De modo que quisieron jugar a detectives y se encontraron un buen pastel, ¿eh? —Fue su nada académico comentario has enterarse detalladamente, a través del constable de Reading presente en la residencia de Paxton, de los hechos macabros allí acaecidos.

—Algo parecido —tuve que admitir sombríamente.

Se ocupó a partir de entonces en la revisión ocular del escenario del crimen, hizo preguntas exhaustivas al colega local, y cuando regresó parecía bastante malhumorado. Yo sentía sobre mi brazo, de vez en cuando, los dedos de Sheila, apretándome para darme ánimos. Pero maldito si me sentía nada animado, sabiendo que allá arriba se encontraba el cadáver de mi mejor amigo y, a la vez, socio en el negocio que juntos habíamos defendido durante varios años.

—Veamos, señor... Crabbe —comenzó, sentándose frente a mí de un modo que hizo crujir la butaca elegida para aposentar su humanidad—. Me ha dicho que es usted ciego...

—Así es. Perdí la visión hace unos días, en un desgraciado accidente de tráfico.

—¿Y la señorita Moore le ayudó a llegar hasta aquí, además de facilitarle la evasión de un centro médico de adaptación para invidentes?

—Exacto.

—¿Por qué pensaron que le ocurría algo grave a su amigo?

—Bueno, él tenía que haber estado forzosamente hoy en Londres, por un negocio importante y no se presentó. Eso, unido a que nada sabíamos de él, y a la falta de teléfono en esta casa, como usted habrá comprobado ya que la señorita Moore tuvo que llamar a la policía desde una cabina pública cercana, nos hizo temer, tanto a ella como a mí, que podía estar enfermo o haberle sucedido algo

inesperado. Por eso vinimos aquí.

—¿Él había pasado solo este fin de semana en la casa?

—No lo creo. Salió de Londres el jueves con una mujer.

—¿Qué mujer?

—Es casada —terció Sheila—. Se llama Candy Milder.

—Entiendo. Arriba hay numerosos indicios de la presencia de una mujer en esta casa recientemente, incluidos unos... unos sostenes —carraspeó, algo cortado, el policía de Londres.

—Pues deben ser de buen tamaño —dije.

—En efecto, lo son. ¿Cómo lo sabe? ¿Conoce usted a la dama, señor Crabbe?

—No. Pero sé cómo era. Rubia y con grandes senos. El tipo favorito de mi amigo.

—Y el de mucha gente. ¿Cree que ella pudo matarle?

—¿Cómo puedo saber yo eso? Su muerte me ha dejado atónito.

—¿No estaba metido en líos?

—Que yo sepa, no.

—¿No tenía enemigos?

—Si los tema, nunca los vi ni me habló de ellos.

—Pero esa dama era casada. ¿Y el marido?

—Está fuera de Inglaterra, según creo —explicó Sheila—. Por eso vinieron juntos aquí. Es una buena pájara la señora Milder.

—Quien haya sido, procuró no fallar. Le vació un par de cartuchos de escopeta en pleno pecho. La muerte debió ser instantánea. Le sorprendieron dormido, al parecer. ¿Poseía él armas de caza?

—Nunca se lo pregunté. Sólo estuve una vez aquí y no me fijé en el detalle. ¿No aparece el arma acaso, superintendente?

—No, no aparece. Es un crimen extraño. Sólo hay huellas de su amigo por doquier. Y de otra persona, sin duda esa mujer. Si ella no le mató, el asesino no dejó huellas. El trabajo de un profesional, casi.

—¿Por qué «casi»? —me interesé.

—Los profesionales no acostumbran a utilizar escopetas de caza en sus crímenes, señor Crabbe. Pero también podría ser un recurso para encubrir la verdadera personalidad del criminal.

Hizo unas cuantas preguntas más, todas ellas rutinarias, sobre las costumbres de Kenneth, su comportamiento de los últimos días y

cosas así. No creo que le fuese de mucha ayuda, de modo que pronto terminó conmigo y pasó a interrogar a mi compañera. Sheila admitió haber tenido alguna relación íntima con Kenneth, pero poca cosa más. Tampoco entendía por qué pudieron matarle, y menos aún quién podía ser el culpable de aquel crimen.

Nos permitieron regresar a Londres, con la condición de que yo volviera al centro médico, cosa que hice tras despedirme de Sheila. Ella me dio un beso en los labios y me prometió visitarme de vez en cuando mientras aprendía a valerme por mí mismo, aunque me indicó que parecía hacerlo ya lo bastante bien sin ayuda de los expertos en esas cuestiones.

Recibí un buen rapapolvo de los médicos e instructores del centro, pero me limité a escucharles como quien oye llorar. Cuando supieron de lo que había sido capaz por mí mismo, con la sola ayuda de una chica, no tuvieron más remedio que felicitarme y augurarme una fácil adaptación a mi nueva vida.

En la semana siguiente no ocurrió nada especial. Mi vida en aquel lugar era bastante aburrida, aprendía con rapidez a moverme y orientarme, y sólo me obsesionaba el recuerdo de mi expedición nocturna a Berk Mews y el hallazgo del cadáver de mi socio y amigo.

Me permitieron ir al funeral y conocer a un primo de Kenneth, llamado Gene Baldwin, y a su esposa, una mujer de voz estridente llamada Gladys. También estuvo en el funeral Sheila Moore. Y, por supuesto, Belinda.

Había otras personas, como modelos de nuestro estudio y gente cuya voz me era totalmente desconocida. Por desgracia, no me era posible verlas e ignoraba si las había visto antes o no. Me fijé en una voz que ceceaba ligeramente al hablar, pero ignoré por completo a quién pertenecía. Al parecer, había conocido a Ken en alguna parte y se lamentaba con frecuencia de su trágico fin, censurando agriamente a la época actual, en que abundaba tanto la delincuencia y se asaltaban las casas demasiado a menudo.

Todo eso me aburría sobremanera, de modo que me aparté con Belinda, tras ser enterrado mi buen amigo, y le expliqué con detalle lo sucedido aquella trágica noche.

—¿De modo que Sheila y tú os habéis hecho buenos amigos? —
Fue su ácido comentario.

—No exactamente —rechacé—. Me ayudó en mi excursión, eso fue todo.

—A Sheila le encanta ayudar a los hombres.

Evidentemente, no le caía muy simpática mi compañera de aquella noche.

—Recuerda que estoy ciego —sonreí—. No soy un buen partido para nadie.

—Tonterías. Llevas pantalones, y eso le basta a ella. Además, ciego o no, eres un chico bien parecido.

—Eres muy amable, Belinda.

—Los hombres sois muy tontos cuando una chica atractiva os quiere manejar. Pero dejemos eso. ¿Sabes algo de la mujer que estaba con Paxton aquella noche?

—No. Supongo que ya la habrán interrogado...

—No he leído nada en los periódicos. Ahora que Ken no existe ya y tú no puedes dedicarte a la fotografía, ¿qué piensas hacer con el estudio?

—No sé. Consultaré con sus parientes, que supongo serán sus herederos legales. La verdad es que no he pensado nada al respecto.

—Supongo que el negocio habrá terminado —suspiró Belinda—. Yo voy a recoger mis cosas de allí, por si no regresamos más. ¿Tiene alguien las llaves del estudio?

—Yo —dije—. El superintendente Galworth me las pidió, pero ya me las ha devuelto al centro médico, tras revisar las cosas de Kenneth sin resultado. ¿Quieres que te acompañe allí, antes de regresar a mi actual residencia?

—Si no te importa... Yo no soy Sheila Moore, después de todo.

Sonreí para mis adentros. Belinda parecía algo celosa de su compañera, y eso me halagaba en estos momentos. Fuimos juntos al estudio en el coche de Belinda. Abrí la puerta y entramos en nuestro viejo santuario del Soho. Aun en sombras, el lugar me seguía siendo familiar y entrañable. Era doloroso no poder volver a verlo más.

Apenas habíamos cruzado la puerta, cuando la muchacha lanzó un grito de alarma.

—¿Qué sucede? —balbuceé, sorprendido.

—Dios mío, Edgar... Si pudieras ver esto... ¡Está todo revuelto, desordenado, los muebles y lámparas volcados, como si una horda hubiera pasado por aquí!

—Cielos... —murmuré roncamente—. La policía no puede ser tan descuidada... No toques nada, Belinda. Usa el teléfono y llama a Scotland Yard, al superintendente Galworth. Que él vea esto antes que nadie...

Galworth no tardó ni veinte minutos en plantarse en el estudio. Oí sus ruidosas y ásperas pisadas. Masculló algo entre dientes al encararse con aquel espectáculo, y luego me dijo sin muchas contemplaciones:

—Señor Crabbe, cada vez que usted sale por ahí de paseo, ocurre algo malo. Debería espaciar más sus salidas del centro de adaptación...

Fue su único rasgo de humor. Le oí gruñir y rezongar varias veces mientras revisaba con sus hombres todo el estudio.

—Es una lástima que usted no pueda ayudarnos —dijo—. Podría decirnos si falta algo concreto. ¿Usted lo ha notado, señorita?

—Que yo sepa, no falta nada. Pero, naturalmente, es algo que debían saber mejor el señor Paxton y el señor Crabbe, que llevaban el negocio.

—Claro. Pero el señor Paxton está muerto y el señor Crabbe está ciego —comentó con disgusto el superintendente—. Nosotros revisamos esto rutinariamente al día siguiente de ser hallado el cadáver del señor Paxton, y todo estaba en orden. La puerta no ha sido violentada por lo que se ve. ¿Quién más tenía llave de este negocio, señor Crabbe?

—Paxton y yo solamente. ¿Tenía él la suya entre sus cosas?

—Había un manojito de llaves, sí. Comprobaremos eso. Pero hoy en día cualquiera puede agenciarse una buena llave maestra para abrir cerraduras como ésa. ¿Guardaban algo de especial valor en el estudio?

—No, nada. Fotografías, negativos, material y cosas así.

—¿Y en la caja fuerte?

—Facturas, talonarios de cheques sin fumar, contratos publicitarios y cosas así.

—¿Dinero?

—No, casi nunca, salvo cantidades mínimas.

—Ya. Y al señor Paxton no le robaron dos mil libras que tenía en su casa de Reading aquella noche... —reflexionó Galworth en voz alta—. Evidentemente, el robo no fue el móvil de aquel crimen. Ni

tampoco de este registro brutal.

No dijo nada. Estaba olfateando el aire, junto a la puerta de la sala de revelado. Habitualmente olía a líquidos de la cubeta, productos químicos y celuloide. Pero ahora mi olfato era mucho más sensible a ciertas cosas. A perfumes, por ejemplo.

Allí olía a jazmines. Evoqué un jardín en primavera.

—¿Qué perfume usas? —pregunté a Belinda en voz baja, acercándome a ella.

—Jacques Fath —me dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. No olerá a jazmines, ¿verdad?

—¿Jazmines? No, desde luego —rechazó—. Huele. Mi cuello, junto a la oreja...

Me incliné. El roce de mis labios y nariz con su suave cuello y junto a los cabellos, me hizo estremecer. La piel de Belinda era como terciopelo. Pero no olía a jazmines, ciertamente. Era un aroma más indefinible y sutil.

—Alguien que olía a jazmines estuvo aquí hace poco —señalé junto a su oído.

—¿De veras? ¿No se lo dices al superintendente?

—¿Para qué? Eso por sí solo no significa nada.

—¿Crees que fue una mujer la que puso esto patas arriba?

—Pudo haber una mujer presente, cuando menos. Los hombres no huelen a jazmines, a menos que sean homosexuales.

—Edgard, no me gusta esto...

—¿El qué?

—Todo lo que está pasando: la muerte de Paxton, el registro del estudio... Algo raro está sucediendo.

—Eso es evidente. Pero ¿qué? Matan a Paxton, vienen aquí a buscar algo sin muchos miramientos... Todo resulta muy confuso, Belinda. Y muy inquietante, tienes razón.

Galworth no sacó nada en claro de aquel examen, y nosotros nos retiramos, regresando al centro, donde ella se despidió para alejarse en su coche.

Me quedé solo entre los muros del hospital, pensando en lo que estaba sucediendo, y preguntándome qué oscuro misterio envolvía el asesinato de mi socio. Cuando iniciaba mi marcha hacia el interior, me paré en seco, con una sensación rara. Cerca de mí estaba uno de los enfermeros, presto a ayudarme si hacía falta.

—Por favor —le pedí—. ¿Hay alguien en la calle ahora?

—¿Qué quiere decir, señor Crabbe? —se extrañó él.

—Si ve a alguien en especial, parado frente a este centro... Alguien como si me hubieran seguido y vigilaran mi entrada en el recinto, ¿quiere mirarlo?

—Por supuesto, señor Crabbe —se apresuró a afirmar.

Fue hasta una ventana. Le oí alzar un visillo. Mi oído era cada vez más sensible a cualquier sonido.

—Sí —afirmó—. Hay un coche parado enfrente. Alguien está mirando hacia acá. Ahora pone el vehículo en marcha. Se aleja...

—Pero miraba hacia acá —dije, estremeciéndome.

—Eso es. Tal vez era casualidad, no sé.

—¿Era un hombre?

—Sí. Llevaba gafas de sol muy grandes y oscuras. Y sombrero de mezclilla... Es todo lo que pude ver. Ah, sus manos iban enguantadas...

—Gracias, amigo —suspiré—. Ha sido muy amable.

Me dirigí a mi habitación, que compartía con otro joven invidente. Estaba pensativo. Claro que podía ser simple coincidencia. Pero algo, quizás un sutil instinto despertado en mí durante mi ceguera, me había hecho presentir que podían vigilarme.

¿Me vigilaban, realmente?

CAPÍTULO IV

Una llamada telefónica del superintendente Galworth interrumpió mis ejercicios de aquel día, ya mediada la tarde.

Acudí a recepción a atenderla. El vozarrón del policía me llegó cargado de malhumor por el hilo telefónico:

—Señor Crabbe, ¿cree que puede usted salir de ese centro con un permiso especial ahora mismo? —me espetó.

—Pues... no sé —dudé—. Ya me dieron uno para el funeral. Temo que no quieran concederme más... a menos que usted lo solicite oficialmente.

—Está bien. Iré a recogerle dentro de una hora. Pediré ese favor al centro de modo personal y espero no me lo nieguen. Le necesito a usted aquí.

—¿Dónde?

—En su casa, señor Crabbe.

—¿Mi casa? —me alarmé—. ¿Qué hace usted en ella?

—Vine a hacerle un examen superficial. Pero temo que ahora tenga que ser mucho más profundo.

—¿Por qué dice eso?

—Tiene todo tan revuelto o más que el estudio. Es como si los vándalos hubieran pasado por aquí, poniéndolo todo del revés.

—¡Malditos sean! —Gruñí—. ¿También mi casa? ¿Qué diablos buscan?

—No lo sé. Pero usted tendrá que ayudarme a dar con ello, si le es posible. Incluso su puerta dejaron entreabierta al marcharse. Su portera no cree que lleve así mucho tiempo, porque ella limpió a primera hora de esta mañana la escalera y podría jurar que la puerta estaba bien cerrada.

—¿Ella no vio subir a nadie extraño?

—Ni subir ni bajar. Lo hicieron sin duda con mucha cautela, señor Crabbe. Nos veremos enseguida.

Colgó, y yo regresé a la sala de ejercicios, indicando a mi profesor que un superintendente de Scotland Yard iba a venir a solicitar mi salida del centro por un tiempo. Pareció contrariado, pero dijo que no habría inconveniente, siendo algo oficial.

Cuando llegué a casa con el superintendente que, en efecto, sólo halló facilidades para llevarme consigo, palpé mis muebles y objetos, comprobando el enorme desorden reinante en mi apartamento.

Era la primera vez que iba allí sin poseer el don de la vista. Me estremecí, más angustiado que nunca, al tocar objetos familiares que ya nunca vería. Galworth debía observarme en silencio, esperando mi reacción.

—En el gabinete, todo parece estar aquí —dije por fin, con un resoplido—. Al menos, no echo nada en falta...

—Sigamos por las otras habitaciones, por si acaso.

Recorrí toda mi vivienda sin echar en falta nada especial, aunque advertí que incluso fotografías de nuestro estudio habían sido sacadas de sus marcos y tiradas por el suelo. Mi colchón había sido desgarrado y parte de su contenido estaba disperso por la habitación.

—Buscasen lo que buscasen, lo hicieron a conciencia —gruñí—. ¡Dios mío, qué destrozo...!

—¿Guardaba usted algo que pudiera tener valor para un ladrón?

—No —negué—. La prueba es que nada parece faltar.

—Lo que sea, les interesa mucho. Y parece que no dan con ello.

—Sí, eso es cierto. Pero yo no creo tener nada especial en mi poder que justifique este vandalismo...

—Eso, ellos no lo saben. Por eso buscan. Si era algo de Kenneth Paxton, pueden creer que él se lo confió a usted. ¿Recuerda si su socio le entregó algo en especial alguna vez?

—No, en absoluto —rechacé—. Nada de nada, superintendente.

—En ese caso alguien piensa lo contrario y usted es ahora su objetivo. Tenga cuidado. Pueden pensar que lo lleva consigo o lo tiene en su actual alojamiento. Yo que usted me cuidaría lo más posible.

—¿Cómo espera que se cuide un ciego? —le pregunté con sarcasmo.

—Es cierto —respiró hondo—. ¿Acepta que le ponga uno de mis

hombres cerca, para que le proteja en caso de peligro?

—Gracias, superintendente. Es muy amable de su parte. Con que vigile el centro, creo que bastará.

Regresé al hospital con la mente más confusa que nunca. ¿Qué estaba ocurriendo en torno mío que yo no podía ver pero que cada vez presentía más amenazador y cercano?

Pero la semana transcurrió sin más novedades. Supe por los enfermeros que un hombre paseaba arriba y abajo noche y día, turnándose cada cierto número de horas, y eso me dio cierta tranquilidad. Galworth cumplía su palabra. El Yard vigilaba a un hombre invidente que podía correr peligro. Y ese hombre era yo.

Nunca, hasta entonces, me había sentido más indefenso ni vulnerable.

Mis progresos en la adaptación a mi nuevo estado eran tan rápidos y notables que mis profesores me autorizaron la siguiente semana a pasar, si lo deseaba, un fin de semana en mi propio hogar, siempre que prometiera no excederme ni cometer imprudencias que pudiesen ponerme en grave riesgo. Poco a poco, debía irme enfrentando al mundo, y la terapia estaba resultando, pero no querían precipitarse tampoco en el ritmo de adaptación.

Prometí formalmente ser buen chico y no arriesgarme en vano. Solamente debía permanecer en casa, oír música, repasar el alfabeto Braille y salir, todo lo más, a dar vueltas a la manzana, sin pretender cruzar sólo la calle bajo ningún concepto. Me suministraron un bastón plegable blanco, luminoso por la noche, y me condujeron hasta mi domicilio, no sin antes avisar al superintendente para que la vigilancia se estableciese en las proximidades de mi casa.

Apenas entré en casa lo noté.

Aroma a jazmines. Era muy difuso, pero nítido para mí.

Sentí un vuelco en el corazón. Había entrado en mi casa. La misma persona que estuvo en el estudio. Cuando registraron mi apartamento, no había este olor. Por tanto, habían regresado. Una mujer, sin duda alguna, estuvo allí poco antes. Aquel perfume no podía hacer mucho tiempo que se había dispersado por el aire. La ventana abierta hubiese evaporado su aroma casi totalmente.

Recorrí la casa, tanteando, con una estatuilla de bronce en mi mano, dispuesto a golpear a quien fuese. No hallé a nadie. Era como

buscar a un fantasma. Un fantasma que olía a jazmines.

Más calmado al saber que estaba solo, corrí el pestillo de la puerta tras dar dos vueltas a la llave, aunque la cerradura ya no me merecía la menor confianza. Esperaba que, al menos, el pestillo fuese un obstáculo suficiente como para alertarme si alguien intentaba penetrar allí.

No informé del hecho al superintendente. Él era hombre que quería evidencias tangibles, no perfumes ni intuiciones de ciego.

Colgué el sobretodo en el perchero, junto a la puerta, y me dispuse a sentarme. De pronto, me detuve, con mis manos todavía sobre la prenda. Algo hizo que me pusiera súbitamente rígido.

El sobretodo.

Lo palpé lentamente. Llegué al emblema de la solapa. El Club de Solteros de Mayfair. Sheila Moore había hablado de esta prenda. No era mi sobretodo. Era el de Ken.

Él había cometido un error aquella tarde. Y yo después, al ponérmelo para salir del estudio, cansado y medio dormido.

«Os parecéis bastante Ken y tú. Igual estatura, cabello parecido...».

Eran palabras de Sheila. Y el sobretodo...

De noche, en el Soho, a cierta distancia, pudo muy bien parecer que Kenneth Paxton salía del estudio. Con su sobretodo color avellana, la ilusión sería perfecta.

¡El accidente!

Fue como si en mi oscuridad se hiciera un vivísimo centelleo de luz que hiriese lo más profundo de mi cerebro.

No hubo tal accidente. El coche esperaba cerca. Esperaban a Kenneth. Al verme cruzar, se lanzaron sobre mí para matarme. Para matar a Kenneth.

—Dios mío... —gemí—. Todo está en Kenneth... Él era la clave de este maldito asunto. Y yo pagué por él. Cuando se dieron cuenta de su error, fueron a por él. Pero no han encontrado lo que buscaban. Y me persiguen a mí, esperando que les conduzca a ello, sea lo que sea...

Era sólo una teoría. Pero podía ser válida. Yo creía saber que era válida.

Me sentía como una mosca presa en una sutil y pegajosa telaraña. No podía hacer nada para defenderme de aquel tenebroso

complot. Mis ojos no veían. Era como un ser indefenso, a merced de... ¿de quién?

De un asesino, eso desde luego. O de vativos.

Paseé por la casa sin tropezar una sola vez con los muebles. Conocía demasiado bien su distribución. Y mi propia excitación actual me daba todavía más instinto de orientación. Deseaba poder valerme por mí mismo lo mejor posible.

Todo ello, por una razón muy simple: ¡defenderme!

En ese momento llamaron a la puerta.

Me quedé clavado, en tensión. Había sido un timbrazo breve. No respondí. Mi corazón palpitaba con fuerza.

Insistieron. Otro timbrazo. Di unos pasos.

—¿Quién llama? —pregunté con una voz ronca que yo mismo no me reconocí.

—Zoy el cartero, señor —dijo alguien al otro lado de la puerta—. Traigo un envío postal para uzted. Ez certificado, zeñor...

Aquella voz... ceceaba. Traté de pensar, de recordar. Y lo logré.

El cementerio. El funeral de Kenneth. Un hombre ceceaba en alguna parte, lamentándose de los delincuentes que abundaban hoy en día...

Era la misma voz. El mismo ceceo. Sentí un escalofrío.

—Estoy ciego, señor —dije fríamente a través de la madera, tomando valor—. Pero la policía me ha facilitado un arma. Disparar a través de mi propia puerta me resultará muy fácil. ¿Quiere comprobarlo?

—¿Eztá uzted loco? —protestó el hombre—. Le dije que zoy...

—Sí. El cartero. Ya le oí —dije con sarcasmo—. Voy a disparar, señor. Luego avisaré a la policía.

Oí una imprecación sorda. Luego, pisadas rápidas bajando las escaleras. Me fui con celeridad al teléfono, pero pensé que no valía la pena llamar con tanta urgencia. El intruso ceceante estará muy lejos de allí cuando llegase la policía.

Resolví asomar a la ventana y gritar desde ella:

—¡Policía! ¡Pronto! ¡Un hombre saldrá de la casa ahora! ¡Arréstelo! ¡Ha querido entrar con engaños en mi domicilio!

Esperaba que el hombre puesto de vigilancia por Galworth escuchara mis voces.

Y así debió ser, porque oí un agudo silbato en la calle, ruido de

cañeras, y luego un coche poniéndose velozmente en marcha. Acto seguido, llegó hasta mí de nuevo el sonido estridente del silbato policial, un grito agudo... y el estampido de dos disparos secos, ahogados, como hechos con silenciador.

A todo ello, siguió un profundo mutismo, una calma total e inquietante. Me retiré de la ventana, agitado, esperando que alguien me informara de lo sucedido. Eso no sucedió hasta bastante más tarde, cuando de nuevo golpearon la puerta, esta vez con energía, casi violentamente.

—¿Quién es? —pregunté con timidez—. Les dije que dispararía si intentaban...

—¡Déjese de tonterías, Crabbe, y abra la puerta! —tronó una voz harto conocida—. Soy yo, el superintendente Galworth.

Abrí. Era difícil que nadie pudiera imitar el vozarrón del policía, de modo que confiaba en no cometer un error irreparable. No lo cometí. Era realmente el superintendente. Y venía tan furioso como desconcertado.

—¿Qué sucedió exactamente cuando usted llamó a nuestro agente encargado de vigilarle, Crabbe? —quiso saber.

Se lo conté, limitándose a escucharme en un silencio salpicado de gruñidos. Finalmente, le oí pasear por mi apartamento como un león enjaulado. Al fin me espetó sin muchos miramientos:

—El tipo que quería entrar era un asesino, Crabbe. Si llega a abrirle, sería usted quizás hombre muerto en estos momentos. El hombre que cuidaba de usted está muerto ahora.

—¿Qué? —gemí, asustado.

—Como lo oye. Trató de perseguir al tipo. Recibió dos balazos. Ingresó muy grave en el hospital, y falleció cuando intentaban salvarle la vida. Hay testigos que afirman que los disparos fueron hechos con silenciador.

—Sí, juraría que sí. Al menos, así los oí sonar yo.

—Otro testigo vio escapar al asesino. Dice que conducía un coche oscuro y llevaba gafas de sol, gorra de mezclilla y guantes de conductor deportivo...

Había oído antes esa descripción. Se lo dije.

—De modo que ese hombre le vigilaba ya en el centro de recuperación. Y vino aquí con ánimo de secuestrarle o asesinarle —dedujo Galworth—. Además, usted dice que estaba presente en el

funeral de su socio...

—Seguro que estaba. Al menos, el que llamó a mi puerta. Ceceaba claramente. Lo mismo que el tipo del cementerio, superintendente.

—Todo eso nos lleva de nuevo al personaje-clave de este maldito asunto: su socio, Kenneth Paxton. ¿Seguro que no sabe nada más de él?

—Segurísimo. Éramos socios, pero nada más. Sabía tanto como él de nuestro negocio de fotografía artística, y ahí terminaba todo. De su vida privada, sólo sé que le gustaban las chicas rubias y, a ser posible, de pechos muy grandes. Era su gran debilidad conocida. Pero aparte de eso, su vida era para mí un completo misterio. Ken ha sido siempre un gran muchacho, y sin embargo ocultaba celosamente su intimidad a todos.

—Pues habrá que investigar en torno suyo lo más posible. No tolero que asesinen a mis hombres impunemente, Crabbe.

—Lo siento. Sólo intenté pedir ayuda. No podía imaginar algo así.

—Claro que no. No le culpo a usted, amigo, pero la verdad es que no ha traído ninguna suerte al Cuerpo. En Scotland Yard se acumulan los conflictos desde que le he conocido a usted. Debe ser simple mala suerte, por supuesto.

—¿Qué puedo hacer yo para ayudarle? —gemí desalentado.

—Me temo que nada. Bastante hará con mantenerse con vida. Alguien piensa que usted sabe más de lo que dice, y muerto Paxton, se ha convertido en su objetivo principal.

—Le aseguro que eso no es cierto. No sé nada de nada.

—Casi me inclino a creerle, porque sería estúpido en su situación actual, totalmente indefenso ante cualquier enemigo, andar con mentiras a la policía —refunfuñó, sin demostrar excesiva fe en mis palabras—. De todos modos, esta vez le pondré dos hombres de vigilancia, por si acaso. Y ambos con orden de disparar si alguien intenta entrar aquí por la fuerza, de modo que relájese y descanse tranquilo. Mientras tanto, intente recordar si sabe algo, si en algún momento Paxton pudo revelarle alguna cosa, por insignificante que fuese, que tenga algún gran valor para otra persona...

—Lo intentaré, pero me temo que no resulte. Por más que me

estrujo la cabeza, no logro evocar cosa alguna que tenga el menor sentido, palabra...

—Está bien, no se torture con ello, pero no deje de pensar, amigo —noté su pesada y fuerte mano en mi hombro, de una forma casi amistosa—. Confío en que alguna vez lleguemos a algo concreto en medio de esta endiablada confusión que nos rodea... Ahora cálmese y procure no excitarse demasiado. En todo momento estará bien protegido, no lo dude.

Cuando me dejó solo en mi apartamento, lo último que pude sentir fue tranquilidad. El hecho de tener dos policías armados cerca de mí, no lograba serenar mis ánimos. A fin de cuentas, ya habían matado a otro, y todo por culpa mía, por intentar proteger a un desdichado invidente, a ser un perfectamente inútil como yo... No podía por menos de sentirme responsable de aquella muerte.

Pero la verdad es que, pese a todo, logré tomar un refrigerio con bastante buen apetito y, cuando me acosté, me quedé profundamente dormido, a pensar de todas mis preocupaciones y sobresaltos de las últimas horas.

Lo que no podía imaginar nunca es que despertaría así.

Cuando de repente abrí mis ojos y, con un poderoso esfuerzo, logré salir de un sopor extrañamente profundo y dulzón, oí cerca de mí una voz ceceante que decía:

—Ya eztá. Zólo hay que ezperar unoz momentoz... y ezte tipo hablará cuánto zabe del Azunto Ezpejo Nueve... o le mataremos como a zu zocio...

Intenté moverme y no pude. ¡Estaba ligado de pies y manos en alguna parte silenciosa y húmeda, de un extraño olor indefinible! Tampoco pude gritar. Estaba amordazado con un pañuelo fuertemente hincado entre mis dientes y anudado a mi nuca.

Me había dormido en mi habitación, vigilado de cerca por dos policías. Y me despertaba reducido a la impotencia, en un lugar sórdido y remoto, bien distinto a mi propio hogar, en poder de unos asesinos despiadados a quienes no conocía.

Y no era una pesadilla. No estaba soñando.

Aquello era realidad. Una cruda, espantosa e inexplicable realidad.

CAPÍTULO V

Se ha despertado, jefe —dijo repentinamente una voz fría y adusta, cuyo inglés, a mi juicio, no era lo bastante ortodoxo como para considerarlo de un auténtico nativo de las Islas—. ¿Qué hacemos?

—Empezar —dijo la voz ceceante—. Y en zeguida. Debe decimoz lo que zabe, o zerá eliminado. El siguiente tren tardará siete minutos en venir. Ez todo el tiempo que tiene para hablar...

Entonces, con un repentino escalofrío, identifiqué el lugar donde me encontraba, y supe el porqué de aquel olor que primero no había sabido identificar. Es el peculiar olor que despiden las galerías subterráneas del «metro». Estaba en un túnel del *underground londinense... La dureza de las piedras y traviesas, bajo mi cuerpo, me revelaban todo lo demás.*

Siete minutos para el paso de otro tren, nocturno sin duda, ya que sólo en plena noche el servicio podía ser tan restringido en el subsuelo de la ciudad. Y si no hablaba de algo que no sabía... ¡zas! El «metro» pasaría sobre mi cuerpo, triturándolo.

—Escucha, Crabbe —dijo una voz a mi oído—. Estás cruzado sobre las vías del «metro» de Londres. Es de noche y pasará un convoy dentro de poco más de seis minutos. Es todo el tiempo de que dispones para hablar claro y bien. Si nos dices lo que te confió tu socio, Kenneth Paxton, y dónde lo has ocultado, no sólo salvarás tu vida, sino que ya nunca tendrás que temer nada de nosotros. Aquí no tienes a quien recurrir, de modo que será mejor que hables, y lo antes posible, o no habrá remedio para ti.

Me agité en mi duro lecho de piedras y traviesas, tratando de gruñir algo en respuesta. El del ceceo fue autoritario en su decisión:

—Quítale la mordaza. No podemos perder más tiempo.

Me soltaron el pañuelo. Imaginé que aunque gritara, sería perfectamente inútil. Allá abajo, nadie iba a oírme. Y si algún

funcionario de servicio me escuchaba, serían capaces de cobrarse otra vida humana sin la menor vacilación.

Yo podía negar, por supuesto, diciendo la escueta verdad: que no sabía nada de aquel asunto, y que Ken nunca me hizo partícipe de sus problemas personales. Pero sabía que no iban a creerme, y eso firmaría mi sentencia de muerte bajo las ruedas del metropolitano. De repente, no sé por qué, pese a estar ciego, sentí que amaba la vida y no deseaba ya perderla.

De modo que elegí el camino más sencillo, al menos por el momento.

Y ese camino era urdir una mentira que ellos pudiesen aceptar.

Sabía que la mentira era difícil, sobre todo teniendo en cuenta que incluso ignoraba la naturaleza de lo que estaban buscando. Pero ese algo, fuese lo que fuese, había costado ya dos vidas, y no quería que la mía fuese la tercera. De modo que era preciso aguardar la imaginación y, por otro lado, confiar en la suerte.

Apenas me sentí liberado de la mordaza, carraspeé, agitándome sobre los raíles, y noté junto a mí el roce de, cuando menos, seis pies. Mi ceguera me hacía ser sumamente sensible a ciertos roces y sonidos que, cuando disponía de la visión, jamás llegué a captar.

—Habla —avisó una voz ronca, que parecía empeñada en enmascarar su verdadera modulación con aquel modo apagado de hablar—. Y habla pronto, Crabbe. Dispones de muy poco tiempo.

En alguna parte, trepidaron otras vías, retumbando su eco en el túnel. Me estremecí.

Un convoy subterráneo había pasado a distinto nivel, haciendo temblar las traviesas. La idea de verme debajo de uno idéntico, logró erizarme los cabellos. No sería una muerte agradable, estaba seguro.

—No sé... —Traté de contemporizar—. ¿Qué es lo que buscan, exactamente?

—Debes saberlo muy bien —terció el de la voz ceceante con acritud—. Y si no lo sabes, peor para ti... Tu zocio Paxton te dio algo a guardar. Ez inútil dizimular. Di dónde eztá y habrás zalizado el pellejo.

—¿Quién me garantiza eso a mí? —protesté.

—Nadie —rió alguno de ellos, irónico—. Deberás confiar en nosotros, te guste o no. Pero si no hay acuerdo, ni siquiera eso. No

tenemos nada personal contra ti, Crabbe. Eres un pobre ciego inútil, que no puede hacernos daño alguno. Te dejaremos con vida sin problema alguno para ti. Pero antes debes hablar.

—Podría mentiros —dije astutamente.

—Peor para ti. Del mismo modo que has sido sacado de tu casa en plena noche, sin que nadie lo advirtiera, y traído aquí, llegaríamos hasta ti de nuevo para hacerte pagar caro el engaño, estuvieras donde estuvieras. Podemos llegar a cualquier parte, no te quepa duda, por mucho que te escondan los del Yard. Has perdido justamente tres minutos. Quedan cuatro para el paso del tren. Decide, Crabbe.

Tenía que decidir, ciertamente. Lo malo es que ni siquiera sabía qué decirles. Pero inventaría algo. Todo era mejor que esperar el paso de aquel tren.

—De acuerdo —dije, como de mala gana—. Vosotros ganáis, maldita sea.

—Ezo eztá mejor —aprobo el ceceante, misterioso personaje—. Vamoz allá. Habla.

—Ken me habló del asunto la víspera de su ausencia —mentí fríamente—. Es decir, el miércoles. Estaba preocupado y quería que le ayudase.

—Tu socio cometía muchos errores —sentenció uno de mis raptos—. Sigue.

—Naturalmente, no me pidió que le guardase nada. No se fiaba de ese método —apunté al azar, confiando en que mi sarta de embustes resultara plausible.

—Naturalmente. Eso, al menos, fue sensato por su parte. ¿Qué hizo con... con la mercancía?

La «mercancía». Al menos, ya sabía que le llamaban así. Fuese lo que fuese, tenía forma, tamaño. Era algo sólido, tangible. Una mercancía, sí. Pero ¿de qué naturaleza?

Tras una rápida meditación, elegí una salida ambigua, como no podía ser de otro modo:

—Me hizo su depositario, claro. Pero a su modo.

—Lo suponíamos —aprobo la voz fría del que daba la impresión de ocultar su timbre de voz con una ronquera ficticia—. ¿En qué forma, Crabbe? Pronto, tu tiempo se agota.

Maldita sea, bien sabía yo eso. Otro tren trepidó en alguna parte,

lejano, y noté un hormigueo helado en la nuca, nada agradable. Estaba empezando a saber lo que era vivir, lo que significaba la vida, lo que valía seguir respirando en el mundo, aunque fuese en tinieblas...

—Dadme un margen, infiernos —gruñó, desasosegado—. No puedo fiarme totalmente de vosotros. En cambio, a mí me tenéis en vuestras manos. Sabéis ya que puedo daros los datos precisos. E incluso «la mercancía». Os la depositaré mañana mismo en la mano. Pero sacadme de aquí. Este lugar me da escalofríos.

—No —cortó el ceceante con acritud—. De ninguna manera. No zeraz apartado de ezaz víaz, Crabbe. Si no dicez lo demáz en eztoz minutoz... dezpídetes de la vida zin remedio.

—¿Y... «la mercancía»? —sugerí, exasperado.

Soltó una risita que no me gustó nada.

—Zeguiremoz buzcándola contigo muerto —sentenció—. Decídetes pronto.

—Dos minutos cuarenta segundos —sentenció el hombre de voz ronca—. Los «metros» ingleses son particularmente puntuales. No te queda mucho, Crabbe. Apresúrate... o muere. Puedes permitirte el lujo de elegir, muchacho.

No me gustó su tono paternalista. No me gustaba nada de todo aquello. Estaban jugando conmigo como el gato con el ratón. Una horrible idea se abrió paso en mi mente de súbito. Aun en aquellas precarias circunstancias, mi cerebro funcionó con rara frialdad. Ellos no pensaban en absoluto en dejarme con vida. Iban a dejarme allí, masacrado por el tren subterráneo de madrugada. Dijese la verdad o no, ése era mi destino. Si recibían la información esperada, tanto mejor. Si no, seguirían buscando sacrificando cuanto fuese preciso para dar con lo que Paxton poseía y que, según ellos, había confiado a alguien.

Paxton era mi socio. Su oficio era el de fotógrafo. Por tanto, ¿qué otra cosa, sino fotografías, podían formar la famosa y misteriosa «mercancía» citada por mis raptos? No perdía nada arriesgando todo en aquella jugada. Y jugué fuerte:

—Os diré dónde están las fotografías si me soltáis brazos y piernas —dije con rudeza—. No me gusta sentirme como una heroína de cine mudo al final del capítulo de un episodio, esperando la llegada del tren. Tomadlo o dejadlo. No hablaré más

estando así.

Al menos logré desconcertarles. Capté un murmullo repetido entre ellos. Del breve conciliábulo, salió una rápida y tajante decisión del ceceante personaje:

—Eztá bien. Tú ganas. No diraz que no queremos colaborar contigo. Zoltadle, pronto. Pero recuerda que apenas zi te quedan doz minutoz y medio...

Me soltaron las ligaduras. Me pusieron en pie y me apartaron junto al muro del túnel, húmedo y frío, que toqué con la palma de mis manos. Mi mente, entre tanto, trabajaba todo lo deprisa que era posible en semejante situación.

—Vamos, vamos, no perdamos tiempo —avisó uno de ellos—. Esas fotografías, Crabbe. O te arrojaremos al paso le ese tren sin vacilar. Aún no estás a salvo.

Sabían que tenían todas las ventajas. Un ciego no puede nada contra tres tipos dotados de visión perfecta y de ningún escrúpulo. Respiré hondo.

—Debiste imaginarlo —dije, con una risita—. Ken destruyó copias y negativos. Pero antes obtuvo unas reproducciones en microfilm, muy nítidas. El más lerdo en el oficio lo haría. Y Paxton era un profesional. Esas fotos están en lugar seguro, que nadie imaginó nunca.

Me llegó un lejano trepidar. Una mano férrea rodeó mi brazo, ominosa. En cuanto ese tren llegase a nuestro nivel en el túnel, sabía lo que iba a ocurrir. Hablase o no, me arrojarían a las vías para ser arrollado y muerto.

—¡Termina de una vez! —bramó el que no disimulaba su voz, y hablaba con tono extrajera, airadamente—. ¡Empiezo a estar harto de este juego, maldito ciego! ¡Habla o ese tren pasará sobre un cadáver!

—Calma, Kasic —dijo el de la voz ronca. Y el hecho de mencionar el nombre del extranjero me confirmó más que nunca en la idea que pensaban eliminarme sin vacilar—. Nuestro amigo Crabbe va a hablar, ¿no es cierto?

—Claro —asentí, aguzando el oído al notar que el convoy salía de la estación inmediata y se aproximaba a nosotros con creciente velocidad por el túnel—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Los microfilms de Kennet Paxton están ahora en... en mí mismo, en mi

propia persona.

Les dejé virtualmente helados. Casi pude palpar su desconcierto, su repentina desorientación.

—¿Bromeas, maldito imbécil? —rugió el llamado Kosic con su pésimo inglés.

—No toleraremos estupideces, Crabbe —amenazó el ceceante, mientras el bramido del tren subterráneo se aproximaba, implacable, a nosotros—. Te hemoz regiztrado a fondo, No tienez nada encima...

—No —reí—. Encima de mi cuerpo, en cierto sentido, no. En el hospital me han puesto unas lentillas especiales que me permiten vislumbrar algunas sombras, porque mi ceguera no es total... En esas lentillas hice incrustar los microfilms reducidos a simples puntos...

—¡Miente! —bramó el de la voz autoritaria y ronca ¡Eso no es cierto!

Pero yo me había salido con la mía. El tren estaba ya a nuestra altura casi, rugiendo y haciendo trepidar los raíles con su marcha. Yo no podía ver nada, pero la mano firme y ruda de uno de ellos —yo creía que era la del extrajera Kosic—, me aferraba el brazo con la energía propia de quien inmediatamente va a lanzarle a uno al abismo.

Pero en la repentina confusión del momento, mi captor vaciló. El que ceceaba, al verse engañado, le gritó que mi tirara a la vía. Pero yo había conseguido mi objetivo previsto: desorientarles lo suficiente.

Podía ser ciego, pero no torpe ni débil. Físicamente siempre he sido fuerte. Lo que hice fue cambiar los papeles. Mi arrojé contra el muro del túnel, al tiempo que desplazaba mi captor y le ponía una zancadilla rápida.

El pobre diablo, perdido el equilibrio, lanzó un alarido espantoso. Le noté pasar junto a mí, como un proyectil, soltando mi brazo. Luego, el rugido del convoy lo borró todo. Sentí lejanamente una especie de atroz crujido de huesos triturados. Alguien tiró del timbre de alarma del «metió», y éste hizo chirriar sus frenos sobre la vía, estridentemente.

Sabía que mi vida pendía de un hilo en esos momentos cruciales, de modo que eché a correr, pegado al muro, mientras a mi espalda

sonaban voces roncas y unos estampidos secos, como de botellas de champaña descorchadas. Pero allí no pretendían celebrar nada, sino mi propia muerte a tiros de pistolas silenciadas. Noté el silbido acre de un par de proyectiles junto a mi cabeza, milagrosamente desviados, no sé si por la confusión del momento o por la escasa puntería de mis enemigos.

Después, oí otras voces, puertas que se abrían, gente que me rodeaba, y una voz sonora que bramaba en medio del túnel:

—Por todos los diablos, ¿qué le ocurre, señor? Está usted ciego, ¿no? ¿Qué hace en este túnel a estas horas...?

—Pronto, avisen a la policía —gemí—. Hay dos asesinos en este túnel, intentando matarme... y otro bajo las ruedas de ese tren...

Más tarde creo que me desmayé en brazos del hombre del metropolitano que había corrido a ayudarme.

CAPÍTULO VI

Empezaba a ser como una costumbre últimamente. Abrí los ojos, miré ante mí y, por supuesto no vi nada. Pero supe que estaba tendido en un lecho y que me rodeaba gente. Aunque tardé unos momentos en recordar los últimos hechos y situarme correctamente, supe que mi instinto no me engañaba. Era más de una persona la que estaba inclinada sobre mí, estudiándome como a un raro ejemplar.

—¿Qué ocurre? —pregunté roncamemente—. ¿Dónde estoy?

—No se asuste, señor Crabbe —dijo una voz—. Está en lugar seguro. Soy el doctor Hamilton Forbes. Está rodeado de buenos amigos que nada malo pueden hacerle.

—Empiezo a dudarlo —gemí—. Últimamente, las cosas no han sido demasiado favorables para mi persona.

—Lo sabemos. Ha sido traído aquí por otros buenos amigos.

—Supongo que estoy en otro centro médico...

—Supone bien —admitió la voz—. Pero no es como los otros donde estuvo, se lo aseguro.

—¿En qué se diferencia?

—En algunos detalles que no entendería en principio —creí captar una nota de ironía en la voz que me hablaba—. Ha pasado un mal trance, señor Crabbe. La policía le rescató de un túnel del «metro», donde un hombre había sido aplastado por un convoy. Otros dos escaparon y andan tras ellos. Usted debió librarse de morir por puro milagro, ¿no es cierto?

—Sí, así es. Intentaban asesinarme. Pero eso ¿qué tiene que ver con este centro?

—Quizás más de lo que cree. Ya le dije que no está en un hospital vulgar, señor Crabbe. Nuestro teléfono y dirección no figuran en ninguna guía telefónica de Londres. Lo han traído personalmente aquí el superintendente Galworth, de Scotland Yard,

y un caballero llamado Dennis Kellerman, a quien usted sin duda no conoce.

—Ni lo más mínimo —suspiré—. ¿Quién es Dermis Kellerman?

—Es un importante miembro del Servicio de Inteligencia de Su Majestad —se me informó escuetamente.

—¿Servicio de Inteligencia? —repetí, perplejo.

—Eso dije, sí. Es un alto funcionario del Departamento Y está muy interesado en usted.

—¿En mí? ¿Por qué motivo?

—Porque la persona muerta en el «metro» resultó ser un extranjero llamado Ferenc Kosc, un apátrida de origen húngaro que servía a determinados servicios de inteligencia enemigos de nuestro país.

—Dios mío —gemí—. ¿Y qué pueden tener que ver con migo esa clase de gente?

—Usted es fotógrafo, ¿no es cierto? —preguntó suavemente el doctor Forbes.

—Lo era —rectifiqué con amargura—. Estoy ciego, doctor. No puedo ya hacer fotografías.

—Lo sé. Soy oftalmólogo, señor Crabbe —suspiró él.

—¿Qué tiene que ver la fotografía con los espías? —insistí.

—La fotografía, en sí, quizás nada. Pero un amigo y socio suyo, tal vez mucho.

—¿Kenneth Paxton? —indagué, tenso.

—Eso es: Kenneth Paxton. Era algo más que un buen fotógrafo. Trabajaba para nosotros, señor Crabbe.

—¿Para... ustedes? —puntalicé.

—Perdone. Olvidé decirle que, aunque médico especializado en oftalmología y cirugía ocular, pertenezco también el Servicio Secreto británico.

—¡De modo... de modo que Ken era agente secreto...! —musité asombrado.

—Así es. Una persona aparentemente fuera de toda sospecha. Un hombre que viajaba a muchos países, hacía fotografía publicitaria y artística... Creímos que nadie sospecharía su doble identidad. Pero no fue así. Le asesinaron por un trabajo que estaba haciendo. Supongo que alguien imagina que usted sabe dónde ocultó él cierto material ultra secreto, de gran importancia para nuestros Servicios

de Inteligencia. De ahí la persecución de que es objeto.

—Y de ahí que intentaran asesinarme varias veces —dije con acritud—. Cuando me atropellaron pensaban que yo era Kenneth Paxton. Llevaba su mismo sobretodo por un error.

Y era él quién debía de permanecer aquella noche en el estudio trabajando...

—Lo imaginaba —suspiró el médico. Noté sus dedos rozando suavemente mis sienes—. Una persona ciega es un simple juguete en manos de unos seres tan despiadados y brutales como los que le acosan, señor Crabbe.

—¿Y qué puedo hacer para evitarlo?

—Si sabe dónde guardaba su amigo y socio cierto material de gran valor...

—No, no lo sé. Me interrogaron sobre eso en el túnel del tren. Su propósito era arrojarme a la vía, dijera la verdad o no. Les engañé y pude defenderme. Pero lo cierto es que Ken nunca me dijo nada de su trabajo ni me entregó cosa alguna. De todos modos, les dije a aquella gente que poseía unos microfilms.

—Usted es muy astuto. Y muy temerario, señor Crabbe. Con eso firma su sentencia de muerte, no hay duda. Ellos saben que existe algo, y ese algo puede ser un microfilm. O varios. Dijo una posible verdad, al pergeñar una mentira. ¿Por qué lo hizo?

—Deduje que un fotógrafo sólo podía tener fotografías. Ignoraba que fuese espía.

—Aun así, son fotografías, señor Crabbe. De gran valor.

Y podrían haber sido reducidas a microfilm, eso también es cierto.

—Veo que dije la verdad sin querer...

—Posiblemente por eso les convenció lo suficiente como para engañarles y poder salir con vida del trance. Vamos a intentar evitar que eso se repita.

—¿Cómo? —pregunté irónicamente—. ¿Encerrándome en una celda hermética donde nadie pueda atacarme?

—Nada de eso. El mejor modo de ayudarle es... devolverle la vista.

—Doctor, no sea cruel. El accidente me dejó ciego. No me gustan las falsas esperanzas.

—Mi querido amigo, no son falsas —rechazó el doctor Forbes—.

Le he dicho la pura verdad. He estudiado su caso. Creo estar seguro de que podré operarle y devolverle la visión a sus ojos, si todo sale bien. Y hay un setenta y cinco por ciento de posibilidades favorables. ¿Qué me dice a eso?

—Por el amor de Dios, doctor —gemí—. ¿A qué espera entonces para operar?

—Así me gusta —le oí respirar hondo, con alivio—. Gracias por su fe en mí, señor Crabbe. Si todo va como espero y deseo, dentro de unos días usted volverá a ser el de antes... aunque para el resto del mundo seguirá siendo un hombre ciego, incapacitado para ver nada de nada.

Eso último no lo entendí de momento. Ni me importó.

Lo que yo quería, era volver a ver. Y según el doctor Forbes, existía una esperanza, una gran esperanza de que ello fuese realidad en breve plazo.

Y era realidad.

Cuando me quitaron los vendajes, mantuve mis párpados cerrados por un tiempo, temiendo abrirlos, por si me enfrentaba a lo peor.

Finalmente, los alcé con lentitud. Y miré ante mí.

Primero me llevé un tremendo sobresalto y creí que el mundo se me venía encima. Apenas si me era posible ver un leve resquicio de luz, unas vagas sombras flotando en una oscuridad casi total.

La voz del doctor Forbes me dio alientos en ese instante crucial:

—¿Ve algo, señor Crabbe? Dígame si ve algo, por poco que sea.

—Sí —musité—. Veo... un poco de claridad, y sombras difusas...

Le oí resoplar con profundo alivio. La claridad aumentó ante mis ojos un poco.

—Eso va bien —aprobó—. Vayan entreabriendo lentamente las persianas. Muy lentamente. Creo que nuestro paciente ha recuperado el don de la vista...

Cuando paulatinamente comencé a ver más y más luz, cuando las sombras se materializaron hasta adoptar el perfil de seres humanos en torno mío, lancé un ronco grito de júbilo y no pude evitar una exclamación radiante, exaltada:

—¡Veo, doctor! ¡Veo! Estoy empezando a ver con toda claridad...

—Perfecto —aprobó el médico—. Ahora repose. Cubriré de

nuevo sus ojos. Hay que ir lentamente, con mucho cuidado. Su lesión está curada, eso es lo que importa. Cuando vuelva a quitarle la venda, señor Crabbe, todo volverá a ser normal para usted. Le felicito. No todo el mundo tiene la suerte de volver de las sombras. Sentí ganas de llorar. Y creo que, realmente, lloré.

—Ahora ya sabe usted la clase de enredo en que, sin quererlo, se ha visto metido, señor Crabbe —me dijo el elegante caballero de impecable traje oscuro, bombín y paraguas, que parecía extraído de una estampa clásica de los ejecutivos de la City—. Nada menos que un asunto de espionaje internacional de primera magnitud. Y todo por su sociedad comercial con un hombre llamado Kenneth Paxton, que llevaba una doble vida: la de sofisticado fotógrafo de arte y la de agente al servicio de Su Majestad.

—El doctor Forbes me contó algo de todo eso —asentí, sentado en mi silla ante la cristalera soleada de la galería del centro médico privado donde había vuelto a ser yo mismo, recuperando la visión de ambos ojos—. Pero siendo todo tan oscuro para mí.

—Comprendo que sea de ese modo. Usted es un hombre normal, hemos estudiado su historial minuciosamente. Pero creo que siempre le gustaron los relatos de intriga y de misterio. Pues bien, aquí tiene uno hecho a su medida, en el que usted es el protagonista.

—No me gusta serlo. Una cosa es leer lo que les ocurre a otros, imaginario o no, y otra muy diferente pasar por experiencias como la de perder la visión de mis ojos, víctima de un accidente provocado, o intentar ser asesinado en un túnel de «metro», interrogado por tres hombres que pensaban de todos modos arrojarme al tren.

—Ha demostrado usted ser algo más que un buen lector de obras policiacas o de espionaje, señor Crabbe —sonrió mi visitante, cruzándose de piernas indolentemente, con un gesto de admiración en sus facciones suaves, angulosas y profundamente británicas, bajo el cabello rubio rojizo—. No sólo salvó la vida en tan precaria situación, sino que terminó con la vida de un peligroso agente extranjero, el apátrida Ferenc Koscic. Además de eso, su ingenio le ha permitido comprender que lo que ellos tanto buscan son fotografías obtenidas por nuestro agente Paxton y, muy posiblemente, reducidas por él a simples microfilms difíciles de

encontrar. Hable me ahora de los otros dos tipos que acompañaban a Kasic en el túnel del «metro».

—Poco puedo decirle. Sólo sus voces me son familiares. Uno ceceaba. Le había oído antes de ahora en el funeral de Ken. Y también intentando entrar en mi casa con un engaño, el día que mataron al agente de servicio situado allí por el superintendente Galworth, y a quien sin duda él mismo asesinó.

—Se trata de alguien muy buscado por el Servicio de Inteligencia —suspiró Dennis Kellerman, alto funcionario del Contraespionaje de Su Majestad—. Ian McGoohan, un escocés que colabora por los servicios de Inteligencia extranjeros. Es difícil de hallar, escurridizo como una anguila. ¿Y el tercero?

—Habla con una voz ronca, como desfigurada. Es obvio que pretendía disimular el verdadero timbre de su voz. Parecía hablar correcto inglés.

—Ése, sin duda, es «Big Ben».

—¿Es... quién? —pregunté, creyendo haber oído mal.

—«Big Ben» —rió suavemente, moviendo la cabeza—. Es el nombre clave que le damos a un agente traidor infiltrado en Inglaterra. Alguien que se reunía con Ian McGoohan y con Ferenc Kasic, según nuestros informes. Su identidad real nos es desconocida por completo. No se trata de un profesional en el exacto sentido de la palabra. Es alguien de quien no poseemos ficha ni antecedentes. Un personaje sin voz ni rostro. Pero sospechamos que Kenneth Paxton pudo sorprenderle en una reunión con sus aliados extranjeros en Inglaterra. Esas fotografías nos revelarían, ni más ni menos, la identidad auténtica del agente enemigo. Pero no tenemos negativos ni copias. Ni sabemos dónde están. De algún modo, «Big Ben» y los suyos descubrieron la labor de Paxton y decidieron eliminarle. Pero si esas fotos siguen por ahí, su muerte no les resuelve nada. Por eso sospechan que le hizo a usted depositario de ellas de algún modo. ¿Está seguro de que no es así, señor Crabbe?

—Totalmente seguro. Paxton no me entregó objeto alguno, que yo sepa.

—Muy bien. Entonces, debemos secarlo. Por eso he venido a verle, señor Crabbe. Ahora vuelve a ser un hombre normal, gracias a nosotros y al doctor Forbes. Pero nadie, aparte de nosotros

mismos, sabe que usted posee ya el don de la vista. Ni nadie debe saberlo por el momento. ¿Cree que podrá guardar el secreto?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque usted va a ser nuestro cebo. Ya sé que es un papel ingrato y peligroso, pero es el único medio que tenemos de llegar hasta «Big Ben» y saber su identidad real. Debe hacer esto por su país, señor Crabbe. Es, además el único medio de que su vida no peligre en el futuro. Sabemos que ellos planean algo grande para muy pronto, algo que perjudique gravemente a Inglaterra, como puede ser un sabotaje o un atentado. Hemos de descubrir a «Big Ben» antes de que ello suceda. ¿Está dispuesto a colaborar?

—Ante esas razones, creo que no me queda otro remedio. Pero ¿cómo fingir que sigo ciego? Puedo traicionarme a mí mismo, puesto que me es dado ver...

—Existe un medio de evitarlo: unas lentillas opacas especiales, que darán a sus ojos el aire de la ceguera y que sólo le permitirán ver cuando usted sitúe en cierto modo su mirada, girando las pupilas hacia su derecha, donde las lentillas dejarán una rendija visual que será invisible para los demás.

Llevará, por otro lado, un bastón blanco de ciego. Lo demás, es cosa suya.

—Está bien —resoplé—. Veo que no queda otro remedio que interpretar el papel de espía...

—Algo parecido —sonrió, poniéndose indolentemente en pie—. ¿Recuerda algo más que pueda sernos de utilidad, señor Crabbe?

—No, creo que no... —medité, y alcé de pronto mi brazo—. Espere. Sí, creo que hay algo que no mencioné hasta ahora.

—¿Qué es? —Kellerman me contempló con vivo interés.

—Una frase que escuché a uno de ellos, al que ceceaba... Dijo algo así como... Asunto Espejo Nueve... y creían que yo podía hablar cuánto sabía de eso...

—¿Asunto Espejo Nueve? —repitió Kellerman, perplejo. Meneó la cabeza con desaliento y se encogió de hombros, dirigiéndose a la salida—. Nunca oí nada parecido. Pero lo tendré en cuenta y hablaré de ello en el Departamento de Codificación, por si acaso. Bien, señor Crabbe, gracias por todo. Siga descansando tranquilo. Dentro de dos días saldrá de aquí... y para todo el mundo seguirá usted ciego. Para todo el mundo, recuerde bien. Sin excepciones.

—¿Ninguna excepción? —objeté—. ¿Ni siquiera... una chica?

—Ni siquiera una chica —rechazó Kellerman con energía—. ¿Podría usted jurar que la voz de «Big Ben» no era la de una mujer disfrazando su timbre?

Dudé. Evoqué aquella voz ronca. Moví la cabeza, en sentido negativo.

—No —admití—. No podría jurarlo, aunque parecía masculina...

—Se asombraría de cuántas mujeres pueden fingir una voz varonil, sobre todo si son espías y su garganta ha sido debidamente educada —suspiró el alto funcionario de Inteligencia—. Insisto, señor Crabbe. Absolutamente a nadie debe decirle que puede ver de nuevo. Es un consejo saludable para usted. No quisiera que se reuniera demasiado pronto con su amigo y socio, nuestro agente Paxton...

Y con tan lúgubres palabras, me dejó solo en la galería encristalada del secreto centro médico del Gobierno de la Corona.

CAPÍTULO VII

Me reintegraron al centro de rehabilitación de invidentes como si hubiera sido hallado deambulando por Lonches. Fui reconocido por los médicos pero, por fortuna, ninguno de ellos pensó en revisarme los ojos. Hubiera sido difícil, por no decir imposible, engañar a especialistas como el doctor Blake o como mi propio médico, el doctor Matthew Barrie. Pero para ellos, yo era todavía un invidente y no había motivo para dudar de ello lo más mínimo.

Se me reprochó mi nueva ausencia, aunque aduje, con ayuda de ciertos médicos del Servicio de Inteligencia, que había sufrido una amnesia parcial, y nadie pareció dudar de tal explicación para justificar mi ausencia por secuestro. Por cierto que el tal secuestro, mientras yo permanecía inconsciente, había sido de lo más simple. Se descubrió que mis captores me habían sacado de casa a través de un patio interior y posteriormente, por las alcantarillas, fui conducido hasta el túnel del «metro», sin ser advertido el secuestro por policía alguno situado en el exterior.

Me enfrentaba a gente de recursos, fría y despiadada, de eso ya había tenido ocasión de confirmarlo durante mi tiempo en poder el enemigo. Ahora debía colaborar con el Gobierno para encontrar a aquella gente, antes de que fuera demasiado tarde y algún plan criminal hubiera sido llevado a cabo por los espías enemigos en el suelo británico.

Durante mi estancia en el centro, tuve dos visitas femeninas, ambas bastante agradables para cualquier hombre: una fue la de Sheila Moore. La otra, la de Belinda North.

Ambas muchachas estuvieron departiendo conmigo sin sospechar que, tan sólo moviendo ligeramente mi cabeza, me era posible verlas nítidamente y estudiar sus gestos, sus movimientos y, sobre todo, su belleza. Tanto la morena y sensual seducción de Sheila, como la suavidad rubia y turbadora de Belinda, resultaban

muy gratas de contemplar, sobre todo después de haber vivido en la terrible oscuridad de la ceguera por un tiempo. Valía la pena haber recobrado el don de la vista, aunque a cambio de ello tuviera que representar un papel con el que tantas veces había soñado durante mis lecturas, sin imaginar jamás que llegaría a vivirlo en toda su intensidad personalmente: el de agente secreto mezclado en un sucio y oscuro juego de espionaje.

Sheila era el sexo exultante, la sensualidad latente, brotando por todos los poros de su cuerpo escultural. Belinda era algo más, mucho más que eso. Era la mujer con quien ahora más que nunca deseaba casarme. Pero tampoco podía decírselo aún. Era demasiado pronto. Para ella, como para Sheila, yo continuaba siendo un infortunado invidente, no un hombre que volvía a tener luz en sus ojos.

—Están buscando a Alastair Milder, el marido de Candy —me explicó Sheila—. Ya sabes, la rubia de las grandes tetas, la de Berk Mews... Él sigue en el extranjero, y eso sorprende a la policía.

—Entiendo. ¿Suponen que puede no querer regresar a Inglaterra? —suspiré.

—Eso es. En cuanto a ella, la han interrogado a fondo, pero dice no saber nada. Se había ausentado cuando mataron a Ken. Al menos, es lo que ella dice. Asegura que abandonó la propiedad de Reading por la tarde, y que Ken gozaba de perfecta salud por entonces.

—¿No se le ocurrió en ningún momento regresar a por sus sostenes? —bromeé.

—Creo que no —rió Sheila—. Al parecer, no los utiliza demasiado. Le gusta exhibirse en toda su plenitud. Y a vosotros, los hombres, eso os encanta, ¿verdad?

—Bueno, cuando me sea posible ver a esa rubia, te podré responder —reí de buen humor—. Hay que tenerlos muy bien puestos para que se sostengan bien sin sujetador cuando son de cierto volumen...

—Yo no tengo nada que envidiar a esa zorrita —dijo Sheila, palpándose los senos suyos como si sopesara dos balones de fútbol, y tuve que reconocer que no estaban nada mal, aunque me guardé mucho de decírselo—. ¿Ya lo has olvidado, Edgar?

—La verdad, nunca me fijé bien en ti —confesé—. Fue un error,

no hay duda. Prometo rectificar en cuanto recupere la visión... si eso sucede alguna vez.

—Confío en que así sea —se aproximó a mí, y, provocativamente, tomó mis manos y las condujo a su muy respetable busto—. Por el momento, tendrás que conformarte así. Dicen que el tacto se desarrolla mucho en los invidentes. ¿Es cierto?

Asentí, mientras fingía comprobar sus medidas torácicas con mis dedos. Ella sonreía, provocativa. Suspiré, al retirar mis manos de aquellos poderosos globos.

—Sobresaliente —dije—. Y nunca mejor empleada la palabra.

—Eres un delicioso granuja —musitó, besándome en la boca—. Me gustas, Edgar. Me gustas cada día más...

Así era Sheila. Belinda resultaba completamente opuesta a ella, y no sólo en lo físico. Pero Belinda no se prestaba a cierta clase de juegos audaces. Ni siquiera vino a verme sola. La acompañaban dos personas a quienes nunca había visto antes de ahora. Pero la voz de una de ellas, de la mujer, me resultó inmediatamente conocida. Era una voz estridente, sumamente desagradable.

Había oído también esa voz en el funeral de Ken. Era de su prima Gladys Baldwin. Una mujer de pelo pajizo, flaca y de grandes ojos grises con gafas de montura metálica. La acompañaba un tipo rollizo, canoso, de mirada huidiza y muy dado a contemplar las curvas de Belinda cuando ésta o su mujer no le veían. Se trataba de Gene Baldwin, el primo de Kenneth Paxton. Y en estos momentos, su heredero único, junto con Gladys, su mujer.

—Lamentamos lo que te sucedió, Edgar —dijo Gladys con su insoportable voz aguda—. Parece haber sospechas de que intentaron atropellar a Ken y no a ti...

—Así parece. Pero yo me llevé el golpe —suspiré—. ¿Tenéis idea del asunto en que vuestro primo estaba metido?

—Ni la más mínima —confesó Gene encogiéndose de hombros—. Todo esto no tiene sentido, Edgar. Ken era sólo un buen fotógrafo, que yo sepa. ¿Quién podía quererle mal?

—No lo sé, pero es evidente que no le querían bien —repliqué secamente. Tras un momento de pausa, dirigí una disimulada ojeada a Belinda, que me miraba tristemente, y pregunté—: ¿Qué pensáis hacer ahora con el negocio?

—No lo hemos decidido aún —confesó Gladys que era, sin duda,

quien tomaba las decisiones familiares—. Gene quiere conservarlo, pero no tiene ni idea de fotografía, y yo tampoco. Por otro lado, tú estás... bueno, tú no estás capacitado para continuar con el trabajo. ¿Qué te parecería vender tu parte y dedicar el local a otra actividad?

—Tendría que pensarlo —manifesté, algo frío—. Todavía hay una esperanza de volver a ver.

—Oh, sí, claro, eso dicen siempre los médicos —farfulló Gene Baldwin—. No les hagas demasiado caso. Les gusta dar confianza a sus pacientes y verlo todo color de rosa.

—No se puede decir que seas demasiado alentador, ¿eh? —comenté, glacial.

—Perdona —miró apurado a su mujer—. No quise decir...

—Siempre serás un imbécil, Gene —le reprochó Gladys con acritud—. Edgar ya está pasándolo bastante mal ahora, para que tú le vengas con esas cosas. Conviene que siempre tenga esperanza, que confíe en algo, ¿no te das cuenta?

Belinda no soportó más. Les miró con disgusto y manifestó bruscamente:

—Desde luego, son ustedes dos realmente insoportables.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Se engalló la señora Baldwin—. Jovencita, esa impertinencia...

—Creo que ella tiene razón —reí cruelmente—. Bravo, Belinda; has dicho justo lo que yo pensaba. Kenneth Paxton era un tipo magnífico, pero sus primos son basura. ¿Por qué no os largáis a cloquear por ahí vuestras palabras de consuelo?

Indignados, murmurando mil cosas que ni siquiera me molesté en entender, los Baldwin se ausentaron y creo que ambos respiramos tranquilos. Belinda se mostraba indignada, furiosa y confieso que estaba muy bonita así.

Alargué un brazo y ella puso su mano en la mía, mirándome con una ternura que me hizo estremecer.

—Gracias, Belinda —murmuré—. Has estado magnífica. Si no fuese por mi estado, creo que te daría un beso y te pediría que te casaras conmigo.

La vi dilatar sus bonitos ojos azules y estremecerse. Se inclinó hacia mí. Evidentemente, aquél era mi día de suerte. Me besó en la boca. Larga, intensamente. Luego sus manos acariciaron mis

mejillas, y se detuvieron amorosamente sobre mis ojos, mientras un escalofrío sacudía deliciosamente todo mi cuerpo.

—Edgar, si supiera que eso lo dices en serio, mi respuesta sería afirmativa, sin dudarle un momento —susurró, despegando sus carnosos labios de los míos y mirándome intensamente, tan cerca de mi rostro que temí pudiera descubrir la presencia de las opacas lentillas que me hacían parecer ciego—. Te quiero...

Y sin darme tiempo ni siquiera para digerir esas palabras maravillosas, lanzó un ronco sollozo y abandonó mi habitación a la carrera.

—¡Belinda! —llamé en vano—. ¡Belinda...!

Pero ella ya no regresó. En su lugar, entró una joven enfermera, de bastante buen tipo, que se aproximó a mí y arregló mi almohada y esbozó diciendo con voz firme:

—Es hora de retirarse a descansar, señor Crabbe. Ha tenido un día de visitas muy agitado. Y es tarde...

Asentí. La enfermera me miró en silencio mientras yo tanteaba para incorporarme. Fingí tropezar en un mueble y sonreí.

—Nunca dejaré de ser torpe... —murmuré.

—No diga eso —sonrió ella—. Lo hace muy bien. Pronto se habrá adaptado perfectamente a su situación. El doctor creo que le dará de alta la próxima semana. Y podrá volver al mundo, señor Crabbe.

—¿Trata de darme ánimos acaso? —Sacudí la cabeza, sentándome en el borde de la cama.

—Nada de eso. Le digo la verdad. Lo he oído hace un rato. Soy nueva aquí, tal vez por eso hablo demasiado —sonrió más ampliamente, sin dejar de mirarme—. Será mejor que descanse, señor Crabbe. Buenas noches.

—Buenas noches —respondí.

La enfermera pasó por mi lado, alejándose hacia la salida y cerró suavemente la puerta tras de sí.

Al hacerlo, dejó a su paso un suave y penetrante aroma que encendió una lucecita roja en el fondo de mi cerebro.

Era un aroma de jazmines...

La enfermera tuvo razón.

A la semana siguiente fui dado de alta. Al parecer, me había adaptado perfectamente al tratamiento y ya podía enfrentarme con

el mundo externo con garantías absolutas de no ser un náufrago perdido en el océano ciudadano. Por supuesto, el hecho de que me era dado ver normalmente, había influido poderosamente en ello, pero nadie supo eso en el Centro. Y me encontré en la calle, provisto de un bastón blanco de invidente, sabiendo muy bien que sería vigilado de cerca, no sólo por la policía o por el Servicio de Inteligencia, sino también por mis peligrosos enemigos anónimos.

La presencia de la mujer con aroma de jazmines en la clínica, era la prueba evidente de que me vigilaban muy de cerca. La enfermera nueva era un agente de ellos. Alguien que ya había estado antes en mi apartamento y en el estudio fotográfico del Soho. Ellos no querían perderme de vista.

Me sentía realmente como lo que era: un cebo para alguien. El anzuelo que echaban los del Foreign Office a sus adversarios. Se suponía que yo debía de atraer a los espías enemigos. Pero nadie me garantizaba que la cosa terminara ahí, ni mucho menos.

El doctor Barrie me había despedido a la puerta del Centro estrechándome la mano y pronunciando unas esperanzadoras palabras que a mí ya me tenían perfectamente sin cuidado, aunque debiera fingir que era todo lo contrario:

—Ahora, señor Crabbe, buena suerte y, sobre todo, tenga confianza en sí mismo. La vida no se termina por el hecho de perder una facultad, un sentido corporal. Será duro pero lo soportará bien. No es sólo una falsa esperanza o una frase de consuelo por mi parte. Dentro de un mes o dos le examinaré a fondo. Y es posible que hallemos la forma de iniciar un tratamiento, quirúrgico o no, para devolverle la vista. Se lo garantizo.

Esperaba que, de ser así, dentro de uno o dos meses ya estuviera resuelto el caso en que me hallaba metido. Existían unas fotografías reveladoras, un asunto llamado «Espejo Nueve», que nadie parecía conocer, y un grupo de asesinos profesionales moviéndose en Londres, en torno mío, con la intención de recobrar esas fotografías y saber hasta dónde llegaba exactamente mi conocimiento del caso. Posiblemente estaba rodeado de policías y de agentes secretos amigos en estos momentos, pero lo cierto es que me sentía solo y desasistido frente a un montón de peligros desconocidos que parecían flotar invisiblemente a mi alrededor en las populosas calles de Londres.

—Nunca me había sentido una pieza en una cacería, hasta ahora —murmuré, hablando conmigo mismo, mientras me alejaba del centro de rehabilitación para invidentes, en dirección a una parada cercana de taxis. Allí comenzaba para mí una nueva vida, y eso en el fondo era excitante. Todos pensaban, a mi paso, que era un desdichado ciego. Yo les veía apartarse con cuidado o evitar tropezar conmigo, y casi me hacían sonreír. Si ellos hubieran sabido que podía verles tan claramente como ellos a mí, desde detrás de aquellos ojos aparentemente muertos y opacos tras las gafas oscuras...

Me dirigí en derechura al estudio del Soho. Llevaba conmigo la llave y no tuve dificultad alguna en abrir la puerta y penetrar en el ahora oscuro y abandonado estudio fotográfico donde tanta belleza femenina había posado para nuestras cámaras, exhibiendo su sonrisa o sus formas para determinados productos comerciales. Me dio un poco de tristeza contemplar todo aquello, ahora sin utilizar, olvidado de todos. Era como si todavía el espíritu de mi socio y amigo flotara entre las cámaras, los focos y los sencillos decorados montados en el fondo del estudio.

Deambulé por el lugar, tras haber comprobado que no había nadie dentro de él que pudiera verme caminar normalmente, con la mirada fija aquí y allá. Luego me senté en uno de los practicables que se utilizaban para sentar o tumbar a las modelos, según la pose elegida, y reflexioné sobre algunas cosas.

Desde los muros, fotografías de hermosas muchachas semidesnudas parecían contemplarme burlonas, distantes. Entre ellas, algunas buenas imágenes de «Duke», el mastín de Ken, con su noble mirada y su lengua colgante al respirar, me hicieron pensar en que alguien debía preocuparse por él, ahora que no existía ya su dueño. No podía confiar en que sus primos, Gene y Gladys, tuvieran el menor afán por ocuparse del bueno de «Duke», encerrado en aquel centro veterinario para perros a causa de una enfermedad repentina, precisamente la víspera del día en que el maldito coche se abalanzó sobre mí, dejándome casi planchado en el asfalto, y con la visión dañada...

«Duke»...

Fue como una súbita inspiración. Recordé algo vago, confuso. El buen mastín, con su ancho collar y su placa de identificación...

Yo mismo le había llevado a la clínica veterinaria de Kilbum el día antes de ser atropellado, de desaparecer Ken con su rubia de los senos inmensos, para no volver nunca más...

Me puse en pie de un salto.

—¡«Duke»! —repetí, con voz ronca—. ¡Eso es!

Y me precipité hacia la salida, presa de una gran excitación, mientras la idea se abría paso en mi mente con rapidez.

Cometí un grave error al precipitarme tanto en mi actitud. Porque apenas había abierto la puerta del estudio, cuando me encontré cara a cara con un nombre que me miraba fijamente, con ojos duros y fríos, bloqueándome la salida.

—Quieto, amigo —silabeó con frialdad—. No vaya tan deprisa... Tenemos que hablar usted y yo.

Demasiado tarde, recordé que había dejado dentro del estudio mis gafas oscuras y el bastón de ciego. El tipo me contemplaba sin pensar ni remotamente que yo pudiera ser un invidente. Y lo peor de todo es que llevaba una pistola automática, provista de silenciador, en su mano derecha.

Me estaba encañonando, y cometí otro error: mirar el arma de fuego, dando un paso atrás. Él se echó a reír entre dientes, empujándome con la pistola.

—Adentro —masculló con aspereza—. Adentro, amigo. Hay mucho que aclarar entre ambos, ¿no cree?

—¿Quién... quién es usted? —quise saber.

—El tipo que va a matarle —dijo con una sencillez aterradora.

Luego soltó una breve risita, levantó su mano armada y me pegó de lleno con el arma en pleno rostro. Sentí que un fuerte dolor cruzaba mi cara, la sangre brotaba de un profundo corte, y por enésima vez en poco tiempo, me derrumbé en la más completa de las inconsciencias.

CAPÍTULO VIII

Recobrar el conocimiento después de un paréntesis de total oscuridad, empezaba a ser en mí una inveterada y molesta costumbre. Por fortuna, al menos esta vez pude vislumbrar imágenes diáfanas de cuánto me rodeaba, e inmediatamente recordé que volvía a ser yo mismo, que volvía a poseer el don de la vista.

Pero, para lo que vi, hubiera sido mejor cerrar de nuevo los ojos y ponerme a dormir, contando con que el tipo hubiera aceptado tal posibilidad, cosa harto dudosa, dada su postura en el momento de recuperarme.

Porque lo cierto es que lo primero que vi fue el oscuro orificio del cañón del arma, asestado a menos de dos pulgadas de mi rostro, en la firme mano de mi agresor, que me contemplaba fijamente, con aire sardónico y nada amistoso, sentado en uno de los practicables de nuestros decorados para fotografías publicitarias. Unos focos encendidos al azar, daban un aire irreal a la escena.

—He venido a matarle —dijo—. Y lo haré, maldito hijo de pena.

El tipo no ceceaba ni disimulaba su voz. Yo no le conocía de nada, de modo que me sentí lleno de perplejidad, sin entender nada de nada. Traté de fingir mi papel lo mejor posible:

—Estoy ciego... —dije—. Por favor, no me haga daño.

—Usted está tan ciego como yo —dijo con sarcasmo—. ¿Cree que no le vi mirar mi pistola y echarse atrás? ¿Cuál es su juego, bastardo?

—Primero me gustaría saber cuál es el suyo, y quién es usted —protesté.

Me metió la pistola en las narices y no dudé de que si le provocaba demasiado apretaría el gatillo, haciendo trizas mi cabeza.

—Escuche, lagartija —me espetó, haciendo gala de una

indudable imaginación para acumular epítetos sobre una misma persona—. Estoy harto de que se acueste con mi mujer y me pongan los cuernos, ¿está bien claro? Por eso vine a matarle, Paxton.

Esto ya era otra cosa. Empezaba a tener sentido. Me había tomado por Kenneth Paxton. Y el resto era fácil de deducir: aquel individuo debía ser Alastair Milder, el marido de la rubia de los pechos sensacionales. Sólo que se había equivocado de fulano. Lo difícil iba a ser convencerle de eso antes de que hiciera una barbaridad.

—Oiga, yo no soy Paxton —protesté—. Mi nombre es Edgar Crabbe y soy socio de Paxton, eso es todo.

—Es usted un maldito embustero. Me he enterado de cosas, pese a que acabo de regresar a Inglaterra —rechazó—. El socio de Paxton está ciego, en un centro de rehabilitación para invidentes. ¿Cree que soy idiota? Usted no puede fingirse ciego aunque quiera. Ve tan bien como yo.

—Está bien, admito que veo como cualquier otro. Me operaron en secreto hace poco —le dije eso y enseguida noté que sonaba tan falso como si pretendiera convencerle de que Las Mil y Una Noches eran un relato de la más pura realidad—. Bueno, es una historia larga, y bastante difícil de explicar. Lo cierto es que si cree saber tantas cosas, debería conocer la más importante de todas: Paxton está muerto. Le asesinaron en su finca de Reading hace días. ¿Por qué no lee los periódicos atrasados?

—Lo haré cuando le haya volado la cabeza o, cuando menos, cuando le vea desprovisto de todo atributo de virilidad —rió groseramente, señalándome con el cañón del arma—. A mí no me engaña un sucio fotógrafo de medio pelo, amigo. He vuelto dispuesto a limpiar mi honor. Primero, usted. Luego, mi mujer. Les daré su merecido a ambos, puede estar seguro.

Lo malo es que el muy bruto pensaba hacer lo que decía, bastaba ver el brillo fanático de sus ojos oscuros y la crispación de su gesto en el rostro moreno, bronceado por lejanos soles que nada tenían que ver con el del clima que disfrutamos habitualmente en las Islas.

—¿Por qué no comprueba antes lo que le dije? Paxton está muerto y enterrado, palabra. Si alguna vez le manchó su honor, difícilmente podrá vengarse ya de él. Avise a la policía. Ellos le

informarán adecuadamente en un momento.

—Eso quisiera usted: que llamase a la policía —me miró con ira, y le tembló el dedo en el gatillo, muy peligrosamente—. No le daré ese gusto, para que me detengan antes de llevarme por delante a ustedes dos, pareja de puercos. Mi mujer no sabe que he regresado de Oriente Medio, donde llevo mis negocios de armamento para los malditos judíos y los apestosos moros. La pillaré tan de sorpresa como a usted, Paxton.

No había remedio. Aquel tipo era un cabezota obstinado, incapaz de pensar, ni de respetar a nadie. Empezaba a comprender las frivolidades de su opulenta esposa. Cualquiera era el guapo que soportaba a un tipo así mucho tiempo... Iba a liquidarnos a los dos, y luego iría sumiso a cualquier oficina policial, a entregarse entre sollozos. He conocido tipos así a veces y me dan miedo. Excuso decir que éste me producía pánico.

—Está usted loco —dije, aun a riesgo de enfurecerse todavía más—. Va a cometer dos asesinatos sin sentido, se lo aviso. Si gente como usted lleva los negocios de armas en Oriente Medio, empiezo a comprender por qué anda el mundo como anda...

—Se va a tragar esas palabras, bocazas —me dijo, hurgándome con la pistola en la boca, empezando a mostrar señales de profunda excitación—. Y ahora mismo, Paxton. Le deseo un buen viaje a la eternidad...

Y de repente, el disparo ahogado, como un sordo «ploc», pareció desgarrar todas las fibras de mi ser. Por un momento creí saber que la muerte era bastante dulce y nada dolorosa. Pero él no debió pensar igual, porque le vi contraer el rostro hasta parecer una máscara grotesca, convulsionar la boca y emitir un grito ronco y desesperado.

Después, se vino sobre mí, vomitando sangre, y supe que el blanco del balazo era él y no yo. Cuando me aparté, horrorizado, su arma escapó de sus dedos y se desplomó de bruces, con la espalda bañada en sangre. Se quedó quieto a mis pies. Estaba muerto, sin duda alguna. El arma utilizada tenía la fuerza de un cañón, aunque emitía el sonido de una botella de champaña descorchándose.

Miré hacia la entrada, y algo me dijo que fingiera tantear el aire, como si no viera nada de nada. Pero ya lo creo que veía. Veía a dos personas armadas en la entrada del estudio fotográfico. Uno llevaba

una especie de fusil de grueso cañón, provisto de un largo tubo ancho, posiblemente un silenciador para proyectiles de grueso calibre, y a su lado, otro tipo empuñaba un arma mucho más convencional, una simple automática Luger provista de silenciador normal, como esos que se ven en las películas.

—Quieto ahí, Crabbe —silabeó una voz ronca—. No se mueva, no haga nada. Esto no va contra usted. Iban a matarle, eso es todo. Y nosotros lo hemos evitado, liquidando a una especie de Otelo sin cerebro ni sentido común.

La cosa parecía en principio esperanzadora, pero yo sabía que no lo era en absoluto para mí. Porque el tipo que hablaba era un hombre adusto, de pelo oscuro y rizado, pero el que aún permanecía silencioso, sonriendo a su lado, pistola en mano, era el escocés Ian McGoohan, tal como me lo habían mostrado los del *Intelligence Service en varias fotografías. En suma, el hombre que ceceaba.*

—No entiendo nada... —fingí desconcierto, moviéndome torpemente por el estudio, con mis brazos extendidos—. Mi bastón, por favor... ¿Quiénes son ustedes?

—Amigos —sonrió el de aquella especie de bazooka sofisticado—. Buenos amigos, no lo dude.

E hizo un gesto a su compañero, como indicándole silencio, para que su ceceo no me revelase su identidad. Al menos éstos seguían pensando que yo era ciego, y eso ya era algo.

—No puedo dudarle —jadeé—. Ese loco iba a matarme, diciendo no sé qué cosas...

—Le confundió con su socio Paxton —rió el del arma demolidora—. Acababa de llegar a Inglaterra y estaba furioso porque alguien le habló de los numerosos engaños de su exuberante esposa... Venga con nosotros, no tema. No podíamos permitir que le causara nadie daño, Crabbe. Le necesitamos vivo.

Me estremecí. Claro que me necesitaban vivo. Yo lo sabía muy bien. Habían llegado a la conclusión de que podía ser el único que conocía el paradero de las fotografías reveladoras de Kenneth Paxton. Y eso les hacía considerarme un rehén sumamente valioso.

El ceceante vino hacia mí sin despegar los labios. Me tomó por el brazo. Le vi a través de las ranuras especiales hechas en mis lentillas opacas. Era un tipo fuerte, pelirrojo, típicamente escocés en apariencia. Parecía mentira que pudiera ser un traidor, un tipo

vendido al extranjero. Pero así debían ser esa clase de gente, pensé, para engañar a los servicios de Inteligencia. Personas normales, con las que uno se cruza en la calle o en la escalera de su casa. Y que son malditos bastardos que cobran de otra potencia extraña para traicionar a su país, a los suyos, a su pueblo.

Me dejé manejar, porque no había otro remedio. Si intentaba escapar ahora, me volarían la cabeza con aquella pieza de artillería gruesa que esgrimía el amigo de McGoohan. La idea no me resultaba nada alentadora.

Salimos del estudio, dejando allí el cadáver de Alastair Milder, el celoso marido de la dama del sostén extraviado. La verdad es que empezaba a sentir curiosidad por conocer a la viuda Milder, aunque los grandes senos no han sido nunca mi obsesión. Pero qué diablos, uno es hombre y tiene también sus debilidades...

Fuera, esperaba un coche oscuro, un tradicional Bentley con un chófer sombrío al volante. Ellos me habían puesto mis gafas negras y me habían entregado mi blanco bastón de ciego. Al parecer, tenía que subir con ellos, me gustara la idea o no. Miré de reojo las calles silenciosas y bien alumbradas del Soho. Desde la otra acera, el escaparate de una *sex-shop* me hacía guiños en el atardecer con sus luces multicolores, sus muñecas hinchables y sus publicaciones porno. Pero de gente, ni rastro. Era como si Londres se hubiera quedado repentinamente vacío o la bomba de neutrones de los americanos hubiese estallado antes de lo previsto, justo encima de nosotros.

Me metieron en el vehículo. Y me llevé una desagradable sorpresa cuando mi cuerpo tocó el de una persona llena de curvas, que me contempló desde el fondo del asiento posterior del Bentley. Tenía la cara llena de hematomas, su blusa parecía rasgada, y sobre sus pechos semidesnudos, no sé si tan grandes como los de la rubia señora Milder, pero al menos sí tan duros y turgentes, aparecían huellas de desganos y arañazos. Me musitó roncamente, aferrándome un brazo:

—Lo siento, Edgar... Me obligaron a hablar. Tienen métodos persuasivos...

—¡Sheila! —murmuré, dominando un estremecimiento ante la visión de aquel rostro y cuerpo ostensiblemente torturados por sus verdugos—. ¿Qué haces tú aquí?

—Lo que ellos quieren —jadeó, mientras yo podía vislumbrar sus rodillas, llenas de moraduras y rasguños—. Somos sus prisioneros, Edgar...

—¡Prisioneros! —Traté de mostrarme perfectamente en mi papel, fingiendo no ver ni advertir nada, salvo lo que ella me contaba—. Cielos, no. No pueden ser... ellos...

—Lo son —dijo, mientras nuestros captores cerraban las portezuelas del viejo y oscuro Bentley, empezando a rodar por el asfalto londinense, con una risita ronca del escocés que ceceaba—. Nos tienen en su poder. Me han torturado, Edgar...

—¡No, malditos bastardos! —rugí, fingiendo mi sorpresa aunque no mi ira.

—Así ha sido. Les dije cuánto sabía. No había otro remedio. Algo que a ti mismo te oculté siempre, pero que yo había descubierto, hurgando ciertos papeles del pobre Ken. Oh, Dios mío, cómo lo siento... Todo va a ser culpa mía ahora...

—No te lamentes —la contuve, apretando su mano con calor—. Nadie puede resistir la tortura, sobre todo cuando la llevan a cabo profesionales... ¿Qué les contaste?

—Lo único que sé. Que Ken depositó en ti su secreto sus fotografías miniaturizadas en microfilms negativos...

—¿A mí? —bramé, alarmado—. ¿Qué dices, Sheila?

—Es lo que Ken dijo, antes de ausentarse para siempre de Londres. Entonces, yo no le entendí bien. Y cuando comencé a entenderlo, al ir contigo a Reading, tuve miedo y callé. Aunque no debí hacerlo...

—Termina de una vez —la atraje hacia mí, casi furioso—. ¿Qué les has contado?

—Que tú... tú llevaste a «Duke» a un centro veterinario de Kilbum... y que «Duke» tiene sobre sí esos microfilms...

—Dios mío, no —gemí, anonadado—. Sabía que «Duke» era la clave, Sheila. Lo supe de repente... pero ahora también lo conocen ellos. Y estamos en sus manos... ¿Tú sabes lo que eso significa?

—No, Edgar... —Me miró asustada—. No sé nada, no puedo pensar ya en nada... Pero tengo miedo. Mucho miedo... ¿Qué está pasando?

—Un desastre, Sheila, un desastre —dije cansadamente, echándome atrás en el asiento con un profundo suspiro, mientras

los dos tipos de delante permanecían de espaldas a nosotros, y el tercero, el ceceante sonreía, sentado a nuestro lado, pistola en mano —. Y lo malo es que no podemos hacer nada por evitarlo...

No sé lo que pasó en esos momentos por la mente de Sheila Moore. Pero lo cierto es que hizo lo que ninguno podíamos esperar.

De repente, se precipitó, con un alarido, sobre el arma del maldito escocés. Éste, instintivamente, apretó dos veces el gatillo. Sheila gritó roncamente, encogiéndose un poco a cada impacto a bocajarro que recibía, pero logró caer sobre él y aferrarle con sus brazos, clavándole las uñas en el rostro, violentamente. El ceceante aulló, angustiado, mientras la sangre corría por su rostro.

—¡Nooo, Sheila! —grité—. ¡No lo hagas!... ¡No, por el amor de Dios!

Pero era tarde. Lo estaba haciendo. Cegó a McGoohan a arañazos, y éste chilló, bañado en sangre el rostro, llevando instintivamente sus manos a la faz enrojecida. Eso le hizo soltar su pistola.

Yo la recogí con rapidez, casi en el aire, dejando estupefactos a los dos de delante, que se habían vuelto al oír los disparos silenciosos y los gritos de su compinche. Ver a un ciego actuando con la rapidez y precisión que yo lo hacía, debió causarles tal asombro que eso frenó su reacción y me favoreció. Sheila se encogía en el asiento, y vi la sangre correr a regueros por su vientre y espalda, perforados por las balas de aquel cerdo.

—Pronto, Edgar... —me susurró, mirándome desesperadamente—. Escapa, escapa si puedes... No puedo hacer más por ti. Me hubiera gustado ser tuya... pero eso ya no es posible...

Vomitó sangre, manteniéndose aferrada a McGoohan, que aullaba de rabia y dolor, forcejeando por desprenderse de ella. Yo alcé el arma y disparé sin vacilar. Le metí al ceceante una bala entre las dos cejas, que le dejó seco. Yo mismo me asombré de mi alarde de puntería, pero más aún los de delante del Bentley, que frenaron violentamente, buscando sus armas.

—¡Creo que ese tipo ve tan bien como tú y como yo! —bramó el del sofisticado y moderno bazooka, alzando éste hacia mí.

Le metí otra bala en la cabeza que se llevó parte de un infame peluquín castaño con trozos de su cráneo y fragmentos de masa encefálica, mientras su compinche, aterrado, saltaba del coche,

poniendo pies en polvorosa a toda velocidad.

Se perdió en el anochecer y no intenté seguirle. Me incliné sobre Sheila, angustiado intentando hacer algo por ella. Pero ya sólo Dios podía hacerlo. La sensual modelo había muerto. Y con eso, posiblemente, me había salvado la vida.

—Mi pobre y querida amiga, descansa en paz —susurré, bajando los párpados sobre sus oscuros ojos, desprovistos ya de expresión y brillo—. Gracias por todo...

La besé en los labios en una despedida emocionada y dolorosa. Pensé que, por fortuna, no todo el mundo era tan malo como parecía. Aún había personas como Sheila Moore, capaces de sacrificarse por los demás. Ken no había sabido elegir, después de todo. Tuvo a una gran chica a su lado y no supo verla. Eso ocurre a veces.

Pistola en mano me alejé del viejo Bentley oscuro, dejando dentro los tres cadáveres. Estaba en una zona desconocida de la ciudad, y quería alejarme de ella cuanto antes. De momento, parecía que mis amigos del Servicio de Inteligencia, no eran tan eficaces como los otros. Y eso no me gustaba lo más mínimo.

No olvidé, sin embargo, tomar mi bastón blanco, aunque maldito lo que me servía ahora, si uno de aquellos individuos sabía que no estaba ciego, como lo sabía perfectamente el conductor del coche, evadido en la oscuridad.

Llegué a una cercana cabina telefónica y llamé a Scotland Yard, informando de la presencia del coche oscuro con los cadáveres dentro. Luego, dije que avisaran al superintendente Galworth de inmediato, para que informase al *Intelligence Service*. *Tras eso, colgué sin más.*

Y paré un taxi, pidiéndole ir a Kilbum.

Ahora sabía que «Duke» tenía consigo los microfilms. Pero también lo sabían ellos. Y era posible que un solo minuto, significara la diferencia entre el éxito o el fracaso.

CAPÍTULO IX

La clínica para perros Hendrix, estaba situada en Kilbum High Road, no lejos de la boca de metro de la misma estación, a la altura de Belsize Road, dos manzanas después de la oficina postal del distrito. Cuando llegué era algo tarde, y estaban cerrando las puertas del establecimiento.

—Lo siento, señor —me dijo con fría amabilidad una mujer canosa, madura, de severo uniforme gris oscuro—. Vuelva mañana. Ya es hora de cerrar. El reglamento, ¿sabe?

—Lamento venir un poco tarde —resoplé, angustiado—. Pero tiene que ser ahora.

—Tiene que ser ahora, ¿el qué? —me preguntó glacialmente con una mirada que sobrecogía, como si fuese la celadora de una prisión.

—Ver a mi perro, señorita —dije, tratando de mostrarme suave—. Es muy urgente...

—Imposible —negó—. Su perro se encontrará perfectamente si está aquí, señor. Ya le dije que tendrá que venir mañana para verlo. Abrimos a las diez.

—Por lo que más quiera, trate de entenderme —gemí—. Amo a mi perro profundamente: Y debo salir de inmediato de Inglaterra por unos meses. No podría soportar la idea de ausentarme sin despedirme de mi amado «Duke». Ni él tampoco. Es tan inteligente...

Le había tocado su punto sensible con mi mentira. Aquella mujer hosca y nada amable, quizás adoraba a los perros. Me estudió con un gesto diferente. Yo, para apoyar mi petición, le tendía unos billetes de veinte libras que miró sorprendida.

—Para posibles gastos en mi ausencia, señorita —suavicé la cuestión astutamente—. Se lo ruego...

—Está bien —murmuró al fin, alargando su mano para recoger

el dinero—. Dado su caso haré una excepción. Entre. ¿Cuál es su nombre y el de su perro, señor?

—Me llamo Paxton. Kenneth Paxton. Mi perro se llama «Duke».

Me abrió la verja. La seguí por un corredor hasta una oficina donde ya había estado antes, para registrar al bueno de «Duke». Ella consultó un fichero y tomó unas llaves, guiándome hacia otro punto de la guardería de perros enfermos. Había allí diversas puertas tras las cuales se oían jadeos de animal o ladridos leves. Se detuvo ante una rotulada con las cifras

D-15,

y abrió la puerta.

En el acto, «Duke» se me vino encima, ladrando alegremente, con ojos brillantes y moviendo la cola como si yo fuese su verdadero dueño. Se puso en pie, casi tirándome al suelo, y me cubrió de lengüetazos afectuosos. La mujer sonrió complacida.

—Cómo ve, está ya perfectamente —dijo—, íbamos a hacerle mañana una llamada para que lo recogiera, pero dada su ausencia, imagino que deberá pasar al pabellón de los internados por un tiempo...

—Sí, por supuesto —asentí—. Aunque es posible que intente regresar antes de lo previsto para llevármelo, señorita. El pobre «Duke» no puede estar solo mucho tiempo.

Y era cierto. Muerto su amo, yo me quedaría con él. No habría problemas, porque le tenía un gran cariño y él me adoraba, como estaba demostrándolo ahora.

Había ido prevenido. Por el camino compré un collar nuevo, muy atractivo, que ahora saqué del bolsillo como lo más natural del mundo.

—Mi buen «Duke»... —murmuré acariciando su cuello—. Ese collar siempre te fue demasiado justo y te hace daño. Voy a hacerte un buen regalo. Aquí te traigo tu nuevo collar, muchacho.

El regalo debió gustarle porque soltó varios ladridos felices que hicieron ladrar al resto de los clientes del recinto para perros enfermos. La mujer sonrió mientras le cambiaba el collar, aplicando su placa de registro a la nueva correa, color rojo brillante. Guardé rápidamente la vieja en mi bolsillo, dominando con dificultad un suspiro de profundo alivio.

—Así, muchacho —le dije, acariciándole—. La vieja correa se

guardará de recuerdo, junto con tu viejo plato de comer que también te he cambiado por otro nuevo en casa...

La empleada parecía radiante ante mi afecto hacia los perros. Lo cierto es que en ese punto no fingía. Me encantaban los animales, sobre todo el bueno de «Duke», lo mismo que al pobre Ken.

Cuando abandoné la clínica para perros, estaba seguro de llevar en mi bolsillo los negativos que podían revelar al Servicio de Inteligencia británico la identidad del agente desconocido que actuaba para los espías extranjeros en Gran Bretaña.

Pero lo malo es que yo no había hecho sólo ese camino deductivo, como pronto pude comprobar.

De regreso al taxi, que había encargado me esperase frente al establecimiento canino, me llevé la nueva y peor sorpresa de todas. De una calleja inmediata surgieron dos personas que se pusieron a mis flancos. Bajo una gabardina del hombre, vi un arma, una potente pistola automática provista de silenciador, que se clavó en mi costado. El tipo llevaba el cuello subido, un sombrero con el ala bajada y unas gafas oscuras cubriendo casi la totalidad de su rostro. Las manos que empuñaban el arma llevaban guantes de automovilista, con los dedos recortados.

—Ni un movimiento en falso, Crabbe —me amenazó su sorda, fría voz ronca, la misma que ya oyera antes en el túnel del metro, la del hombre que fingía una tonalidad vocal distinta a la suya propia—. Vaya y despida a ese taxi normalmente... o serán dos los cadáveres.

Le miré, tratando de identificarle. Algo en él me era familiar, pero no sabía el qué. Luego eché una ojeada de soslayo a la otra persona, que también me apoyaba un arma de fuego, una pequeña automática como de juguete, pero capaz de agujerearme las tripas a quemarropa, si le daba el menor pretexto para ello.

Era una mujer. Una mujer rubia, intensamente rubia, cubierta con una gabardina verde oscura. Pese a la gabardina, era fácil descubrir la prominencia realmente insólita de sus enormes pechos.

—Dios mío —murmuré—. Usted es Candy Milder, la tetona. Y usted mató a Kenneth Paxton, después de todo...

—Sí —dijo fríamente la rubia del torso gigantesco—. Yo lo hice. Y lo haré también con usted sin dudarle, Crabbe, en cuanto me dé el menor motivo para ello...

¿Qué podía hacer sino obedecer sus órdenes, pagar al taxista y dejarme llevar por ellos, una vez el taxi se alejó, camino de un coche también oscuro y vulgar, como el viejo Bentley donde asesinaron a la pobre Sheila Moore?

Una vez dentro, un tipo sentado al volante se puso a conducir, y yo me arrebujé entre la rubia y el desconocido agente enemigo, sintiendo su arma contra mis costados y los pechos de Candy Milder casi en el cuello, dado que al estrujarse se expandían como si fuesen de goma hinchada. Puedo jurar que eran los mayores que jamás había visto.

—De modo que nos ha estado engañando todo el tiempo —masculló malhumorado el tipo de los bonitos guantes deportivos—. No es ciego. Ve perfectamente, Crabbe.

—Así es —suspíré—. Pero no me ha servido de gran cosa a lo que veo...

—No debió pasarse de listo. Nosotros también lo somos —rió sordamente, mirando el inútil bastón blanco para invidentes, que dejara caer en el suelo del coche—. Pensamos en «Duke», el peno de Paxton, casi al mismo tiempo que usted. Pusimos cerco a la clínica canina, a la espera de confirmarlo. Cuando usted llegó esta tarde, todo quedó comprobado. Debía de ser en el collar, ¿no es cierto? Es lo único que lleva un perro encima cuando se le hospitaliza...

Hurgó en mi bolsillo, mientras me hurgaba con el cañón silenciado de su arma el costado. Yo tragué saliva al ver reaparecer su mano enguantada, con el viejo collar de «Duke». El misterioso personaje soltó una risita hueca y desagradable.

—Como imaginaba, amigo —comentó sardónico, alzando el collar en alto como un trofeo—. El estúpido de Paxton puso aquí los negativos, quizás microfilmados. Fue un necio al pretender descubrir demasiadas cosas. Mis fotografías en compañía de Ian McGooohan y de Ferenc Kosic y del jefe supremo de la organización en Europa, ya no le servirán a nadie de nada. Pudo haberlas entregado antes a sus jefes, si no hubiera estado obstinado en cazar también a nuestra agente, Candy Milder.

—Por eso se la llevó a su casa de Reading, ¿eh? —Miré a la rubia—. No eran sus pechos lo que le atraía, sino su persona... Sabía que usted era uno de ellos, una espía maldita, traicionando a su propia patria...

—Cierre el pico, bastardo —me acusó ella duramente con una fría mirada—. Sabía el juego que se traía Ken entre manos. Lo seguí, le di cuerda hasta ahorcarle, eso fue todo. En este oficio, Crabbe, no se puede tener piedad de nadie.

Moví la cabeza. Empezaba a darme cuenta de ello. Y yo estaba metido en esa clase de asunto hasta el cuello.

—¿Qué van a hacer ahora conmigo? —quise saber.

—Matarle —silabeó el desconocido—. Es demasiado peligroso para seguir vivo. Nuestra gente encontró el coche donde le llevaban mis amigos. Hemos visto los cadáveres de Sheila Moore y de los otros dos. Liquidó al propio McGoohan, ¿eh? Lo que digo, es usted mucho más peligroso de lo que imaginábamos. No nos da muchas alternativas, Crabbe. Tenemos que acabar con usted.

—Y así podrán llevar a cabo el Asunto Espejo Nueve, ¿no? —Reí entre dientes con acritud.

Los invisibles ojos me miraron tras los negros cristales de sus grandes gafas con una indudable frialdad y disgusto.

—¿Qué sabe del Asunto Espejo Nueve? —jadeó—. Eso no figura en los microfilms, supongo...

Y arrancó de cuajo el forro del collar de «Duke», extrayendo una tira de diminuta película, en negativo, que trató de ver dificultosamente a contraluz.

Yo hablé tranquilamente:

—Tengo memoria, amigo, y he leído bastante. Y no siempre novelas de intriga. Nunca olvidé a nuestros clásicos ingleses, por supuesto. La palabra «espejo», mientras iba en busca del collar de «Duke», me reveló un nombre de libro casi olvidado en mi mente: «Alicia a través del espejo», de Lewis Carroll^[3].

Ellos soltaron una imprecación, mirándose entre sí con gesto contrariado. Yo reí, añadiendo con indiferencia:

—Lo demás era sencillo. El número «nueve» debía corresponder a una página o capítulo de ese libro, si mi teoría no era errónea. Y no lo era. En su página nueve no había nada especial. Sólo la descripción de un campo en forma de tablero de ajedrez, en el que luego Alicia jugará su singular partida en forma de aventura dislocada. Eso no significaba nada, de modo que busqué mentalmente el noveno capítulo. Y ahí sí encontré algo con sentido.

—¿Qué encontró? —barbotó mi captor con acritud.

—La Reina, amigo. La Reina. Una pieza básica de ese ajedrez que Alicia juega en su aventura al otro lado del espejo. Pero más básica aún en nuestro país, en nuestro propio Reino. La Reina. En el noveno capítulo de «A través del espejo», Alicia se convierte en Reina. Y en un párrafo versificado de ese capítulo, Carroll hace cantar una nana a la Reina Roja del tablero, que dice algo así como: «Duérmete mi reina, sobre el regazo de Alicia. Hasta que esté lista la merienda, tendremos tiempo para una siesta. Y cuando se acabe la siesta, nos iremos todas a bailar...».

Había una pausa, un tenso silencio en el coche. Sólo se oía el ronronear del motor. Yo añadí triunfalmente:

—Basta echar una ojeada a los periódicos. Su Majestad la Reina da una recepción en Buckingham Palace dentro de una semana. Habrá baile. Lo demás es obvio. Esa «siesta», ese «Duérmete, mi reina»... tiene el peor y más siniestro de los significados: el sueño de la Muerte. ¡PIENSAN ASESINAR A LA REINA DE INGLATERRA DURANTE ESA FIESTA!

El silencio casi podía cortarse con un cuchillo en estos momentos. Candy Milder estaba ligeramente pálida ahora. Humedeció sus labios, se inclinó sobre mí, haciendo que sus pechos invadieran mi rostro, y me espetó:

—Él tiene razón. Eres demasiado peligroso, Crabbe. Hay que matarte. Y ahora mismo.

Sabía que iban a hacerlo. Y estaba resignado a ello. Pero cuando menos, me quedaba todavía un pequeño triunfo por esgrimir que, si bien no impediría mi asesinato, iba a aguar considerablemente el vino de su presunto éxito.

Me eché a reír, ante su sorpresa, y señalé el bastón blanco de ciego, tendido a mis pies.

—De todos modos, es inútil mi asesinato. Nunca matarán a la Reina, porque ahora el Servicio de Inteligencia YA CONOCE la noticia. Ese bastón de invidente... oculta un micrófono altamente sensible, conectado con una emisora receptora del *Foreign Office*. Todo cuanto se ha hablado ahora aquí, está ya recogido en Inteligencia. Lo lamento por ustedes. Pueden matarme, pero nunca conseguirán su objetivo de «Espejo Nueve», se lo aseguro...

Y bruscamente, arranqué las gafas y el sombrero de mi misterioso captor, dejando su sorprendido rostro al descubierto.

Grité, antes de que se precipitara sobre el bastón blanco y que la maldita Candy Milder disparase su arma sobre mí:

—¡También sabrán que el agente enemigo en Inglaterra es... es USTED, DOCTOR MATTHEW BARRIE!

Luego, mientras contemplaba con cierto asombro el rostro amable del médico personal de Kenneth Paxton y de mí mismo, sentí la mordedura caliente de la bala disparada por la rubia de los senos enormes, perforándome el costado.

Emití un gemido ronco y me derrumbé sobre el asiento, seguro de que esta vez ya no iba a despertar nunca más...

EPÍLOGO

Pero desperté.

La costumbre no falló tampoco esta vez, y volví a abrir mis ojos, sin encontrarme con arpas celestiales, nubes rosadas ni resplandores divinos acogiendo mi llegada al Cielo.

Desperté, para no variar, en la cama de un hospital, rodeado de rostros atentos, de batas blancas y de asepsia total. Empezaba a ser ya una especie de rutina en mi vida, y suspiré, aliviado, al comprender que mi cuerpo seguía aferrado a este viejo pero querido mundo.

—¿Qué pasó esta vez? —quise saber, cuando el rostro conocido del agente británico Dermis Kellerman apareció sonriente en mi campo visual.

—Mala suerte. Pero buena en el fondo, muy buena —me alentó—. La chica le disparó a quemarropa, pero el arma era de escaso calibre, y usted tiene bastante fortuna. Un hueso desvió la bala y le impidió sufrir heridas irreversibles o demasiado graves. Aun así, perdió mucha sangre y ha pasado unos días bastante malos, Crabbe. Pero el peligro pasó ya, la herida no dejará huellas visibles, y todo volverá a ser como antes para usted.

—Menos mal —murmuré, aliviado—. ¿Y los espías...?

—Todos cazados, gracias a usted, Crabbe. El sistema de radio en el bastón funcionó. Usted nos proporcionó grandes datos, y además pudimos seguir sin problemas el coche donde iba ese bastón con su detector unido al micrófono. Apenas cayó usted herido, se vieron rodeados de coches policiales y tuvieron que rendirse. Ahora están en prisión acusados de muchas cosas. Tantas, que tardarán más de veinte años en volver a la calle.

—Cuando lo hagan, la rubia estará bastante ajada —reí entre dientes, moviendo la cabeza.

—Es usted incorregible, Crabbe —rió también Kellerman—. Se

lo toma todo a broma, pero pudo haber muerto por no avisamos a nosotros respecto a ese collar del peno de Paxton.

—No estaba totalmente seguro de ello, después de todo. Pero los hechos confirmaron mis temores.

—Sí, eso ya lo sabemos. En cuanto a su deducción sobre el libro de Carroll, mi más cordial enhorabuena. Ni siquiera nuestros expertos de Inteligencia habían pensado en esa posibilidad.

—Tendrán que obligarles a seguir un cursillo especial de literatura inglesa —reía de buena gana.

Y de pronto, dejé de reír.

Belinda North había entrado en la habitación con lentos pasos, mirándole larga y profundamente. Kellerman y los enfermeros iniciaron una prudente retirada.

—Hola, Edgar —me saludó tímidamente ella.

—Hola, Belinda —murmuré—. ¿Todo bien?

—Sí, muy bien —asintió—. Ya veo que estás a salvo, gracias a Dios.

—Se ve que soy duro de pelar —sonreí—. ¿Ya sabes lo de mis ojos?

—Me lo contó el doctor Forbes hace poco. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No podía. Nadie debía saberlo. Ahora comprendo la razón. Si se lo hubiese dicho al doctor Barrie, hubiese cometido un grave error. Él era el agente enemigo en nuestro país, el traidor a Inglaterra que planeaba un atentado contra la Reina...

—Lo sé. Y tú lo has evitado con tu hazaña...

—No, Belinda, no soy un héroe —rechacé—. No pienso meterme en más aventuras, palabra. Si los primos de Ken venden el negocio, adquiriré uno por mi cuenta y seguiré siendo fotógrafo profesional.

—¿Contarás conmigo como modelo, Edgar? —sonrió ella a su vez, ya muy cerca de mí.

Alargué mi brazo. Tomé su mano, que apreté con calor.

—No —negué—. Tú nunca serás ya mi modelo, Belinda. Sólo deseo que seas mi esposa...

—¡Edgar!

—Te lo hubiera pedido antes, pero estaba ciego y eso era una locura, un imposible...

—¿Un imposible? Oh, Edgar, yo... yo te iba a pedir a ti ser tu

esposa, si seguías permaneciendo ciego. Y no era compasión ni piedad, te lo aseguro. Era amor...

—Belinda... —Me estremecí—. No puedo creerlo.

—Es la verdad —se inclinó sobre mí, y noté su aliento rozando mis labios—. Estoy enamorada de ti desde hace tiempo, ¿es que nunca te diste cuenta de ello?

—No, estúpido de mí —murmuré—. Nunca me di cuenta de nada... Belinda, cariño... ¿cuándo querrás ser la señora Crabbe?

—Cuando dejes esa cama —sonrió ella—. Justamente entonces, querido...

Besó mi boca. Yo noté la dulzura y suavidad de sus gordezuelos labios.

Y di todo por bien empleado. Supe que no sólo las tinieblas quedaban atrás para siempre. Supe que al fin había encontrado mi felicidad.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 50 PTAS.

NOTAS

[1] Harley Street es la calle londinense donde se encuentran instaladas las consultas de la mayoría de médicos importantes de la ciudad, siguiendo una antigua tradición muy propia de los británicos. Basta recordar que también los más importantes rotativos londinenses tienen su propia calle, Fleet Street. < <

[2] Familiarmente, los ingleses llaman bobby a un policía, al típico policeman. < <

[3] Lewis Carroll, que escribiera «Alicia en el País de las Maravillas», hizo una segunda parte, mucho menos conocida que la primera, titulada «Al otro lado del espejo, y lo que Alicia encontró allí», traducida al español con el título que el autor menciona aquí. Las referencias posteriores a situaciones y hechos del relato, son totalmente exactas; como siempre, discurre, por ese mundo delirante y paradójico de Charles Dodgson (Carroll), donde todo parece posible y donde el absurdo toma carta de naturaleza para satirizar los convencionalismos sociales y humanos de su época y, posiblemente, de otras muchas épocas que él no llegaría a conocer. (N. del A.). < <